

REPERTORIO AMERICANO



SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII

San José, Costa Rica

1934

Sábado 3 de Febrero

Núm. 5

Año XV. No. 669

SUMARIO

El camino de Andrés Gide	<i>Eliás Erenburg</i>	En Costa Rica resulta más difícil deshacerse de un libro, que hacerlo	<i>C. Picado T. y Mario Sancho</i>
Adrés Gide y el comunismo	<i>Luis Cardoza y Aragón</i>	Observaciones sobre un libro	<i>Azorín</i>
Hacia Nueva York	<i>Rogello Sotela</i>	Ladera de la muerte en la poesía de Julio Supervielle	<i>Rafael Alberti</i>
Acerca de lo que los ingenuos llaman por ahí la política del "buen vecino" del astuto imperialismo yanqui	<i>Juan del Camino</i>	Jules Supervielle o la aventura de la poesía	<i>León Pacheco</i>
Allá en las montañas	<i>Magón</i>	Breve historia de mis opiniones (y 3)	<i>Jorge Santayana</i>
		¿La fuerza será justa con Panamá?	<i>Ricardo A. Morales</i>
		Arturo Torres Ríos	<i>Federico de Onís</i>

El camino de Andrés Gide

= De *El País*, Buenos Aires. Traducción de J. C. C. =

Buda decía que todos irían hacia él: unos por el camino del sacrificio, otros por el heroísmo, y otros todavía por el de la simple fatiga. Diversos son los caminos por los que los mejores representantes de los medios intelectuales de Europa van hoy hacia el proletariado. Algunos son empujados por el sentimiento de justicia, por el deseo de poner fin al caos y la anarquía; son estos los arquitectos y los matemáticos de la revolución. Otros son atraídos por el nuevo aspecto heroico de la lucha; y otros, no preocupados por los problemas constructivos, se acercan al proletariado por odio a la burguesía.

Existen también los fatalistas: ellos han comprendido y saben a quién pertenece el porvenir. Se podría prolongar esta enumeración. Tantos hombres, tantos caminos...

Nosotros conocemos en la U. R. S. S. arqueólogos y museógrafos que saludaron sinceramente el arribo del proletariado al poder. Estimaban que en nuestro período histórico los obreros son los guardianes más generosos, más desinteresados, de los valores creados por la humanidad. Andrés Gide no vive en el pasado; pero, leyendo sus declaraciones revolucionarias pienso, a pesar mío, en los egipcólogos de Moscú y en los bizantinos de Leningrado. Se trata, no ya de salvar bibliotecas y museos, sino otros valores. Ha comprendido Andrés Gide que el mejor bien de la humanidad—el desarrollo del individuo—ha alcanzado su límite en la sociedad capitalista. Ha estudiado minuciosamente todas las deformaciones y monstruosidades



Andrés Gide

de un individualismo sometido a los principios de la familia y de la religión. Entonces vió a algunos defender el individualismo puro, negando el individualismo burgués. El no había podido reconocer y comprender a estos hombres cuando estaban en plena lucha, armados de fusiles y revólveres, en las reuniones públicas o conspirando en secreto, pero inmediatamente los ha visto en el trabajo, en las escuelas o dirigiendo las máquinas y el Estado.

Aman el olor a pólvora

Yo conocía a "románticos" que amaban el olor a pólvora de la revolución. Ellos estaban en 1920 prestos a morir por la Rusia de los Soviets. Al presente, aprenden en los cafés de París un nuevo papel: el de escépticos desengañados. Cuando Gide y la revolución se han encontrado, ni el uno ni el otro—ni el escritor ni la revolución—eran ya niños. Los enemigos de la U. R. S. S. hablan de una nueva edad media, de la destruc-

ción del individuo, de la nivelación por lo bajo. Sin embargo, Andrés Gide ha comprendido la verdad profética del "Manifiesto Comunista": "El libre desarrollo de cada uno será la condición necesaria del libre desarrollo de todos".

Andrés Gide ha obrado en alguna manera como un honesto conservador de museo, que entregaría sus llaves a aquellos que son capaces de defender el patrimonio colectivo contra el fuego. Se ha dicho muchas veces que Andrés Gide es ante todo "moralista". Esta definición es algo vaga, y yo preferiría no hablar de su moral y sí de su horizonte. Este escritor, esta genial nota marginal inscrita sobre los anales de la historia francesa, este antiguo condenado que ha conocido el odio de sus amigos como el de sus enemigos, este exilado nato es tal vez el único que se ha sentido responsable del destino del hombre viviente y de su felicidad, de una felicidad que no se expresa en formas sociales clasificadas ni tampoco en las reliquias del pasado, sino en una cultura auténtica que crean el trabajo, la alegría, el movimiento.

Héroe de epopeya

Andrés Gide ha sido siempre el mismo. Tenía en él bastantes pasiones, contradicciones, deseo de vivir y de desear como para llenar 30 volúmenes, y llevar el título de primer escritor, de maestro, hasta el de profeta. Pero Gide no podía contentarse con su interlocutor, con su vecino. Toda su vida ha buscado salir de un inmenso desierto y este desierto era la

OCTAVIO JIMENEZ A.**ABOGADO y NOTARIO**OFICINA: 50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Teléfono 4184

—:—

Apartado 358

estrecha pieza donde estaban reunidos sus amigos — alumbrados por los reflejos del talento de Gide—donde él tenía su mesa de trabajo con sus manuscritos que hablaban de Dostoiewski y de Nietzsche, de las particularidades del amor y de las extravagancias de la justicia, pero que en el fondo estaban siempre consagradas al solo héroe de la epopeya sin salida: a André Gide.

Esta búsqueda de una salida puede ser llamada agitación febril; a Gide le parece un camino sin retorno. Escribía en su juventud—y la juventud es la época de la acción—que los actos carecen de importancia y que aquello que el hombre podría hacer es más grande de lo que él hace. A los 60 años de edad se inclina ante los forjadores de la U. R. S. S., admirado por el profundo realismo de todos sus actos. El quería, desde luego, apoyarse sobre los elegidos para aspirar en seguida a lo "trivial". Había escrito en 1923 que las cuestiones políticas le parecían menos importantes que las sociales, y éstas menos importantes que las cuestiones morales. Se debe, decía, no cambiar el orden, sino el hombre.

La experiencia soviética

Siete años más tarde declara que todas sus esperanzas se fundan, en lo sucesivo, sobre la experiencia soviética, que cambia el hombre cambiando el régimen. No hay caminos en el desierto; una línea recta puede probarse ser

una espiral, y un camino sinuoso, el más corto de todos.

Andrés Gide buscaba el hombre no en el desierto, sino en una sociedad muy real: la de la Francia de fines del último siglo, en la de la víspera de la guerra y, en fin, en la de la post-guerra, que tanto se parece a una tempestad en pleno océano, y al mismo tiempo, a una marea estancada. Estaba ávido de conocimientos y pleno de curiosidad. Llamaba a todas las puertas y a todos los corazones. Pero sólo veía por todos lados mezquindades y deformaciones: la hidropesía del espíritu, el raquitismo, los gruesos tumores, la ceguera y la entortadura, la religión que todavía continúa determinando, si no la fe, al menos el modo de vivir, el amor castrado por la moral cristiana, la ruptura entre el cuerpo y el espíritu, la beatería y la cobardía. Gide ha tratado a la base de la sociedad—la familia—de "régimen de prisión".

La "conversión" de Gide

Gide no se contenta con novelas, sino que también ha reflexionado, pensado, y esto explica su aislamiento entre los escritores franceses. Pen-

saba en plena refriega, sin dejarse tentar por la torre de marfil o el confesionario.

Existen épocas históricas en que pensar deviene un acto heroico. Andrés Gide no se ha detenido ante aquello que los otros tomaban por un precipicio. Muchas veces había desesperado. Al final su coraje, su honestidad, lo han conducido hacia la única salida. Su "conversión" no ha sido repentina, sino la conclusión de un largo camino lleno de dificultades y de responsabilidades. El individualista Andrés Gide ha llegado, en camino a la busca del hombre, a lo colectivo. Uno de los más eminentes representantes de la civilización del viejo mundo se ha unido con la revolución.

No hablamos aquí del coraje de Andrés Gide, pues toda su vida anterior hace ese elogio superfluo. Paul Claudel ha ido hacia la iglesia; Paul Valéry a la Academia, Andrés Gide... a la vida. Para un hombre viviente, esto no es ni una hazaña ni un sacrificio, es un simple acto de conversión.

Individualismo y comunismo

Andrés Gide escribe que el individualismo bien entendi-

do sirve a la sociedad, y que es cometer un error el oponer el individualismo al comunismo. La adhesión de Gide nos es particularmente preciosa, en su sobriedad, en su irrefutabilidad. Cuando Gide ha declarado estar listo para morir por la U. R. S. S.—y esto lo ha precisamente escrito con la cabeza descansada y pensando cada palabra—no es únicamente un acto de audacia de un gran escritor ante todos los grandes y pequeños, ante los Mauriac y los Salmón, sino que es también la capitulación de toda una civilización. Jules Romains podrá en adelante hablar cuanto quiera del peligro que representan los obreros para la jerarquía de los valores espirituales. Nosotros también conocemos de jerarquías, y sabemos qué lugar ocupa Jules Romains y qué otro Andrés Gide.

La adhesión de Andrés Gide a la obra del proletariado subraya el signo de ecuación que existe, después de largo tiempo, entre el destino de la U. R. S. S. y el destino de la humanidad. Esta adhesión aclara las responsabilidades y las dificultades de nuestra tarea. No solamente debemos exterminar el espíritu retrógrado, atrasado, así como la injusticia social, que debemos también garantizar el libre desarrollo que ha sido interrumpido y deformado por las instituciones monstruosas de la clase que muere.

Elías Erenburg

(Envío de E. E. Bs. As.)

André Gide y el comunismo

= De Futuro, México, D. F. =

Algunos de mis mejores amigos de México consideran inmunda la conversión de André Gide al comunismo. Y lo que es peor: inexplicable. No me es difícil comprender la vehemencia de tal opinión de viejos admiradores del admirable autor de "La Puerta Estrecha". Ahora, por mi parte, busco algunos indicios que me expliquen esa conversión.

Un artista como Gide—la inteligencia crítica más lúcida y aguda de Francia—, no podía hacer fe pública de una doctrina sólo por el gran prestigio que Moscú ejerce sobre el artista o por mantener franca y decidida cordialidad con la nueva generación, por hacerse solidario con las ideas de ésta, en particular con el grupo "superrealista", integrado como toda minoría de valor por elementos diferentes entre sí, ajenos a todo es-

píritu de rebaño y semejanza que caracteriza a las mayorías. El grupo superrealista es el único que Gide sigue y trata con asidua atención. Nada tiene que ver el romanticismo con este caso. No fué tampoco por sentimentalismo, por falta de trabada secuencia de ideas, por falta de medida y sensiblería barroca. En él hay que explicárselo como paso natural de su propia evolución. No sólo por la honradez y la justicia que entraña la doctrina, sino por esperanza desesperada de poder operar un cambio en la vida del hombre. Gide piensa ya dialécticamente, en formas que superan las soluciones que propone ahora el comunismo, acaso las mejores por el momento, no por la *gidiana* herejía constante—virtud de grandes místicos—que, como a Kierkegaard le habría conducido a probar que Cristo era una inven-

ción del diablo, sino por su misma necesidad de verdad, fortalecida siempre por la duda. Naturalmente, él no puede ser ortodoxo ni puede estar dentro del partido, como acaso los verdaderos católicos de hoy tampoco lo son ni pueden estar en el seno de la Iglesia. Pero la conversión de Gide es la aceptación de una doctrina por un alto representante de la más refinada cultura. No es, pues, una pequeña victoria. Gide, dice él mismo, que no entiende de asuntos económicos. Ramón Fernández cuenta, en algún ensayo, que "El Capital" es el libro de cabecera del autor de "La Sinfonía Pastoral". Los grandes lineamientos morales que constituyen la doctrina son los que le han cautivado. En ellos se encuentran los nexos naturales que reúnen sus ansiedades de siempre. En los "Cuadernos de André Walter" hasta en las páginas más recientes de su "Diario" encontramos las mismas preocupaciones. Unidad perfecta de su sentimiento y de su razón realizada, entonces, con

ese lirismo que después se hizo más persuasivo, más sobrio y más profundo. Evolución de estilo, sobre el valor de la palabra y fines de la expresión.

La mejor manera de ser religioso es ser hereje. En Gide—su educación, su talento, su niñez calvinista—, no era posible la aceptación de una fe que se le daba hecha, aunque ésta fuese en sí una protesta; él, a su vez, por su propia experiencia, tenía que rechazarla y forjarse una propia, delineada en el discurso de su obra y de su vida. El autor de "Los Monederos Falsos" no escondió nunca sus aspiraciones éticas, acaso paganas, nacidas de su profunda preocupación religiosa. El aspecto místico de la nueva doctrina le cautiva por su mismo fondo cristiano, aun cuando esta doctrina luce abiertamente contra las formas sociales del cristianismo. En el movimiento comunista los extremos se tocan, forma cara a Gide. Paganismo y cristianismo están juntos en una síntesis que en muchos aspectos él—viejo burgués— representa, admirablemente, por su innegable importancia de moralista contemporáneo. Su comunismo es como una transformación de su fe, ya segura en la quiebra completa del cristianismo. En el comunismo encuentra una acción positiva que tiende a realizar la obra de Cristo que no pudo el mundo cristiano realizar. Tal vez la misma sencillez de esta razón es la que haya permitido su nueva creencia. El cristianismo y el comunismo son dos universos distintos; pero las ideas diversas, las ideas o sistemas de ideas opuestos, se encuentran, a pesar de todo, íntimamente ligados por su propia oposición. Gide compagina y ordena estas ideas en forma nada ortodoxa para ambas doctrinas, las armoniza **gidianamente**. Acaso por discutible influencia de Nietzsche siempre Gide ha pensado contra la masa; ahora, en la plenitud, se adhiere a una doctrina que le obliga a abandonar su soledad. Pero el sigue solo, seguro de que la pretendida opresión que ejerce lo social sobre el espíritu no podrá privarle nunca de su personalidad.

Preocupaciones del mismo orden son el fundamento del "Discurso a la Nación Europea", de Julián Benda. Pero opuestas en su base. Necesidad de dar determinada orientación a la enseñanza para formar un criterio social determinado y apresurar la solución de los más apremiantes problemas del hombre, no sólo como individuo sino como colectividad. Benda no trata de armonizar dos mundos tan diferentes como el cristianismo y el comunismo. El autor de "La Traición de los Clérigos" se decide por la creación de un nuevo sistema de valores morales y estéticos por encima de la economía y de la organización política. No es a Cristo, sino a Platón al que invoca, y pide que abandonemos a Marx para "convertirnos de los dioses del Norte a los dioses del Mediterráneo". Pero, dentro de la oposición que hace Benda al comunismo, es fácil advertir que no sólo está de acuerdo en los propósitos

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

de tal doctrina, sino que la propone y la defiende muchas veces, aun cuando la niega, sobre todo cuando la niega. Nos exige renunciar a las formas individualistas de la economía, crear una revolución moral, una revolución económica después. En síntesis, podríamos decir que son las naturales objeciones que un espiritualista hace a las concepciones materialistas. Benda cita, a menudo, el ejemplo de Rusia. El materialismo se ha transformado en una fuerza espiritual que crea la educación moral que tanto le preocupa. "Vuestra función es hacer dioses. Justamente lo contrario de la ciencia". "Vosotros debéis ser apóstoles. Lo contrario de Sabios". ("Discurso a la Nación Europea").

Del "Diario" de André Gide: "Las persecuciones han sido siempre, hasta la fecha, en nombre de una religión. Que el libre pensamiento persiga, a su vez, la religión lo encuentra monstruoso. Pero ellos llaman "persecución" a la prohibición hecha a la clerecía de deformar el cerebro de los niños. Es porque ellos saben que no se pueden borrar las primeras huellas sino con el más grande esfuerzo, del cual sólo es capaz un número muy pequeño"... "Yo quisiera gritar muy alto mi simpatía por la U. R. S. S. y que mi grito fuese escuchado,

que tuviese importancia. Quisiera vivir lo suficiente para ver el triunfo de ese enorme esfuerzo; triunfo que yo deseo con toda mi alma y por el cual yo quisiera poder trabajar"... "Odio al misticismo, sin duda. Y, sin embargo, mi angustia es de orden místico"... "Que las ideas de Lenin puedan triunfar de la resistencia que los Estados de Europa buscan oponerles, ya comienza a parecerles cierto; y esto les llena de terror. Pero que pueda desearse que estas ideas triunfen, he allí lo que ellos rehúsan considerar. Hay mucha tontería, mucha ignorancia, mucha terquedad en sus negaciones. Y, también, algunos defectos de imaginación que les retienen en creer que la humanidad pueda cambiar, que pueda una sociedad formarse sobre bases diferentes a las que ellos han conocido siempre (esas mismas que deploran) y que el porvenir no pueda ser ni retorno ni reproducción del pasado"... "Que la sociedad capitalista haya podido buscar apoyo en el cristianismo es una monstruosidad de la cual Cristo no es responsable, sino la clerecía". "¿Pienso usted que Cristo se reconocería hoy en su Iglesia? Es en nombre de Cristo que usted debe combatir la Iglesia. No es El el odioso, sino la religión que se edifica según El. El no ha pactado con las potencias de este mundo, sino los clérigos; en nombre de Cristo, es cierto; pero traicionándolo"... "Lo que la U. R. S. S. ataca a Cristo es que predique la sumisión. La religión es mala porque desarmando al oprimido lo entrega al opresor"... "¿Mi convicción de hoy no es comparable a la fe? Por largo tiempo yo me **desconvencí** de todo credo cuyo libre examen causaba la inmediata ruina. Pero es de este mismo examen que ha nacido mi **credo** de hoy. En ello no hay nada de "mística" (en el sentido en que se entiende comúnmente esta palabra). Simplemente, mi ser está tendido hacia un deseo, hacia un propósito. Todos mis pensamientos, involuntariamente, me llevan a él. Y si fuese necesaria mi vida por el triunfo de la U. R. S. S. yo la daría inmediatamente... como lo han hecho, como lo harán tantos otros"... "Han ligado la idea de religión y de patria tan bien, que es en

Hacia Nueva York

= Colaboración =

¡Con qué tranquila confianza y con qué serenidad ponemos todo lo nuestro en el regazo del mar!

Una línea azul, en círculo limita la inmensidad... El pensamiento va y viene como el oleaje, sin cesar...

Se ven romperse las olas, sopla un aire de huracán, y mientras se agita el barco sólo acertamos a pensar con qué serena confianza ponemos todo en el mar!

Rogelio Sotela

A bordo del «Veraguaz», setiembre de 1933.

nombre de Dios que se arman y movilizan y que toda pacificación no parece posible sino rechazando a la vez patria y religión, como lo hace actualmente la U. R. S. S."

Sólo en sus formas groseras de interpretación el comunismo puede aparecer como enemigo de las manifestaciones más altas y puras de la ciencia y el arte. "Un comunismo bien entendido — dice Gide—tiene necesidad de favorecer a los individuos de valor, de sacar partido de todos los valores del individuo". En la propia Universidad de Oxford aconteció algo semejante a lo ocurrido en la Universidad de México. La necesidad de una orientación radical se manifestó, con enorme mayoría, en la Unión de Estudiantes, institución nacional, hace muy pocas semanas, en una gran asamblea en que se acordó que "bajo ningún pretexto se combatiría por el rey y por la patria". Valery trabaja por organizar lo que él llama una "política de la inteligencia" en el Centro Universitario del Mediterráneo que el autor del "Cementerio Marino" dirigirá en colaboración con Maurice Mignon. Y acaso por el mismo camino, André Brenton, por exceso de celo, y necesidad de sinceridad, se ha dedicado a conciliar la naturaleza espiritual del hombre con la acción revolucionaria del comunismo, que exige de sus adeptos una sumisión sin reserva a la interpretación materialista del mundo. También André Brenton ha podido realizar su obra sin sacrificar su personalidad, no sólo en el terreno revolucionario del arte, sino en el campo de la acción directa. En "Los Vasos Comunicantes" se propone probar que las leyes que norman el encadenamiento de los actos de la vida real son idénticas a las leyes que norman las imágenes del sueño y que la interpretación materialista del mundo nada tiene que temer

ROGELIO SOTELA

ABOGADO

y

NOTARIO

Oficina: Pasaje Dent

TELEFONO No. 3090

Casa de habitación, Teléfono No. 2208

del estudio del sueño. Y como Gide, como Eluard (Crítica de la Poesía en "La Vida Inmediata"), el autor de "Nadja" ha mantenido su pureza estética y realizado aquella poesía que, en su criterio, es absolutamente inevitable, como quería Wordsworth. Rimbaud, que desesperó de querer reinventar el amor, que nos exige ser "absolutamente modernos", escribió: "La poesía no rimará más la acción. Estará adelante". Es impureza dedicar un arte al elogio de una acción política determinada y así vemos que en muchos libros actuales, primariamente tendenciosos, se ha olvidado esa exacta sentencia de Rimbaud. En cambio, la obra de Mallarmé, por ejemplo, es verdaderamente revolucionaria porque está más allá de la acción, en el plano de la inteligencia, como la obra de Baudelaire en el plano moral. La obra que rima la acción (gran parte de la pintura mural de México) ni es revolucionaria, ni es poesía. Son simples narraciones pintorescas de anécdotas históricas. El mejor camino para poner la poesía al servicio de la Revolución es dejarla al servicio de la inteligencia, en su propia naturaleza, siempre restituída a sí misma.

Luis Cardoza y Aragón

Estampas

Acerca de lo que los ingenuos llaman por ahí la política del "buen vecino" del astuto imperialismo yanqui

= Colaboración =

Pronto el comentador yanqui de asuntos "latinoamericanos" dará su juicio acerca del reconocimiento del Gobierno de El Salvador por parte del Departamento de Estado. Es acontecimiento de importancia para ese comentador ingenuo que en esta era de política de "buen vecino" inventada por el segundo Roosevelt, exalta cuanta nimiedad aparece con el carácter de cosa nueva y atrevida. Hoover fulminó el golpe cuartelario dado en 1931 para poner el mando en el actual gobernante salvadoreño y parapetado en los tratados centroamericanos de 1923, afirmó que no reconocía como legal el nuevo régimen. Pero Hoover terminó sus papeles y después de un año de administración el segundo Roosevelt olvida la conducta inflexible de su antecesor, pasa por encima de prohibi-

ciones de tratados impuestos por el mismo Departamento de Estado y acerca paternal su mano al gobernante hijo de la traición cuartelaria. Los comentadores del Norte entretienen su buena fe en esos hechos y sacan conclusiones regocijadas. Ya los oímos diciendo que es era nueva la que empiezan a vivir los pueblos de Centro América. Interesa a ellos crear relaciones sin hostilidades ni recelos contra el Departamento de Estado. Presentar a sus hombres desligados de toda política de expansión y sobre todo deseosos de que nuestros países los tengan como vecinos magnánimos. Ahora, dirán ellos, a aparearse a los Estados Unidos y a aceptar la ayuda que pueden dar a los que creen en su desinterés.

Sin embargo, la mejor conducta que

pueden seguir estos pueblos es no guiarse por los escritores yanquis proclamadores de nueva política. No es posible que el Departamento de Estado varíe su vieja y conocida política imperialista. En cada detalle está activo el imperialismo. Niegan el reconocimiento cuando conviene impresionar. Saben que no hay Gobierno "latinoamericano" que resienta el trato dado por el imperialismo al gobernante desafecto. Todos esperan y armonizan pareceres. Dirán que en lo del reconocimiento del Gobierno salvadoreño se produjo una actitud de rebeldía por parte de los demás gobiernos centroamericanos. Pero eso es ignorar que no hay gobernante de por acá capaz de crearse conflictos repudiando medidas de política externa dictadas por el Departamento de Estado. Muchos son los conflictos internos que la politiquilla trae al tipo nuestro de gobernante. Con ellos tiene para terminar sin sosiego una administración. De modo que en lo de desafiar al Departamento de Estado no hay sino imaginación.

En Centro América está interesado el imperialismo, porque Centro América está vecina al Canal de Panamá, y tiene ella misma otro canal en perspectiva. Este interés es lo que guía la política del Departamento de Estado. Mientras no aparezcan gobernantes insubordinados que amenacen la seguridad del Canal, no padecerán desvelo los hombres del Departamento de Estado. Un golpe de cuartel hace observador al ejecutor del imperialismo. Y si hay tratados que el mismo imperialismo ha impuesto para garantizar su expansión, los exalta y en nombre de su santidad fulmina. Pero no pasa de simples gestos la condenatoria. Luego vienen las conversaciones, el limar asperezas, el exigir al nuevo régimen su línea política en sus relaciones con la línea política del Departamento de Estado. En el caso del Gobierno salvadoreño no han hecho otra cosa los del imperialismo que convenirse de que nada estaba en peligro con los nuevos hombres dueños del mando. Y como no es función moralizadora la del Departamento de Estado, olvidó los tratados y reconoció.

Lo que viene después del reconocimiento es cosa sabida. ¿Quién no repite ya que los tratados de 1923 tienen que ser revisados por nuestros gobiernos centroamericanos? Cumplieron la década de vigencia y hay que modernizarlos. La política de "buen vecino" aconseja ahora nuevas normas. Las existentes padecen el descrédito que las hace repudiables. El Departamento de Estado tiene interés en que se revisen las estipulaciones que unen a cinco secciones centroamericanas. No conviene insistir en la política del no reconocimiento, porque es atrasado eso de condenar los golpes cuartelarios y las revoluciones en forma. Lo recomendable en esta época es que se adopten medidas severas contra los medios violentos imaginados por los hombres para dejar sin mando a los gobernantes centroamericanos. Pero sin llegar a lo inflexible. Por el

contrario; la flexibilidad debe animar las cláusulas de la revisión. Los gobiernos tendrán deliberación en cada caso y será exclusivamente a ellos reunidos en tribunal supremo a quienes toque dar o negar el reconocimiento a un gobernante nacido de la revuelta o del motín. El Departamento de Estado amparará las resoluciones de ese tribunal sin sugerirle ni advertirle camino. Los países centroamericanos deben entenderse solos, porque la política del "buen vecino" aconseja que no se les sofoque y por el contrario, que se les ponga a deliberar en sus propios asuntos de carácter político.

Pensando en esta revisión de los tratados de 1923, se pregunta el observador inconforme si no irá el Departamento de Estado a imponer una organización niveladora. Porque es mentira que los referidos tratados serán derogados. Quedarán como armazón para meter allí las nuevas normas de dominio del imperialismo. Y ¿quién podrá asegurar que ese imperialismo no siente la necesidad de unificar territorios que ya pesan demasiado en la vigilancia policiaca del Departamento de Estado? No es aventurado suponer que de esta revisión a que están llamados los gobiernos salga la organización política que haga más fácil la influencia imperialista. En realidad, no conviene al Departamento de Estado tanta línea divisoria creadora de conflictos en una geografía que no tiene más significado que el puramente estratégico. El Canal que el imperialismo arrebató para asegurar un dominio absoluto necesita estar protegido y el Istmo que se extiende al Norte de ese Canal no debe descuidarse para que la protección no sufra. De manera que lo centro americano interesa al Departamento de Estado como forma de mantener el dominio incommovible sobre una vía estratégica y comercial. Si en la revisión de tratados de paz y amistad conviene unificar territorios para que instituciones y gobiernos obedezcan a un solo principio imperialista, la tarea no puede ser indiferente al Departamento de Estado.

Lo veremos activo en la Conferencia anunciada ya para la revisión de los referidos tratados. Y lo terrible para estos pueblos será la carencia en la asamblea de voces que presenten con visión los problemas. A esas asambleas no van los representantes de los gobiernos a suscitar ningún rozamiento. La norma de todas ellas la da la Unión Panamericana. Los arreglos previos dicen lo que ha de hacerse. Y a la conferencia llega el sumiso, el aleccionado para que no haya conflictos con el imperialismo. Si los países de Centro América son citados para la conferencia que tenga por fin revisar sus tratados, estemos seguros de que todo ocurrirá como en esas conferencias panamericanizadoras. Si al imperialismo interesa darnos una forma disimulada de unión que haga fácil su dominio, tendremos la cláusula que la apruebe. Así como también todo aquello que limpie de estorbos la expansión

imperialista. Los que no quieren darse cuenta de que el Departamento de Estado es puramente imperialista, descuidarán toda reflexión y se contentarán con suponer un mejoramiento en nuestras relaciones con él. Mas la vigilancia no se conforma con el engaño y denuncia. La vigilancia es severa y cuando encuentra un suceso como este de reconocimiento del gobernante salvadoreño, surgido precisamente de acontecimientos que están en lucha contra tratados impuestos por el Departamento de Estado, vuelve aún más severa su actitud. Al imperialismo interesa tener gobernantes que se contenten con pasar en paz el período constitucional. Si no le crean conflictos en las vecindades de sus posiciones estratégicas los acoge y sostiene. Cuando siente que van a serle molestos los hostiliza y desacredita. Tanto a centroamericanos como suramericanos y antillanos. El imperialismo ha creado zonas y en todas impone normas iguales de dominio. ¿Qué lo vemos haciendo en Cuba? Negando su derecho a la gente nueva, imponiendo al político sumiso que lleva en la sangre el cansancio. En Cuba el imperialismo ahoga

al cubano. Y cuanto fuerza intente rebelarse contra el imperialismo es fulminada. La Isla no debe salir de la influencia yanqui que ha hecho de ella una factoría. Por eso se vuelve al político manso que no pone en riesgo ninguna conquista imperialista. Lo mismo con Centro América, lo mismo con Sur América. Para clavar hondo el garfio imperialista se trabaja por el advenimiento de gobernantes sumisos. Con ellos la expansión no tiene estorbos. Con ellos el imperialismo crece.

Por esto es buen consejo decir a los que vigilan que cuando los comentaristas yanquis hablen del reconocimiento del actual gobernante salvadoreño es bueno salirles al paso y desenmascararlos. En nombre de una política mentirosa quieren presentarnos normas imperialistas disfrazadas para que las acojan los imprevisores y atolondrados. Lo que del Departamento de Estado nos venga está calado de imperialismo. Nos tienen como vasallos y en el juego engañoso de su política no debemos creer.

Juan del Camino

Costa Rica y febrero de 1934.

Allá en las montañas...

= Colaboración =

—Porqu'estás tan triste,
¿Tan achucuyao, mi compadre Palma?
Te ves mesmamente tan acongojado
Como ti ti'ubiera picao l'araña,
—Nu'es picada, Concho, más a pior me siento
Dende que Remigio vino ayer mañana
Contando la muerte del insine amigo,
¿Del gallo'e los puetas, Domitilo Abarca!...
—¿No fregués, de veras?
Hombré qué desgracia,
¿Berse muerto ese hombre que los quijo tanto,
Que supo, caramba,
Pintalos asina como Dios los hizo
En nuestras probezas y nuestras desgracias!
Cada vez qu' el mestro me leya los versos
D'el probe patiyó qui'un día lloraba
Al verse ostigao a vender los güeyes
Pa curar la mama,
Me se aturusaba tamañote ñudo
¿Y me se ñublaban los ojos de lágrimas!
—Ese hombre era nónis para icir las cosas
Con gusto y con maña;

Sol'uno era asina, el probe Aquileo
Que murió en España
Y que lo trujeron p'asele un entierro
Dino de su patria,
¿Qué par de cristianos, a cual más pintao
Pa escrebir con gracia!
—Asina es la vida, se senti'uno lleno
De cólera y rabia;
¿Mantres están vivos, miseria, carachas!
Y es cuando se mueren que nos acordamos
Que tuvieron alma!
Y vengan honores y vengan entierros
Gastando la plata
Que cuando esistian
Les hacía más falta!
¿Jué asina con Dengo y con Chavarria
¿Y con Aquileo y ora con Abarca!
¿Qué vaina es la vida!
—¿Si, Concho, qué vaina!—

Magón

Washington, 7 de Diciembre de 1933.

En Costa Rica resulta más difícil deshacerse de un libro que hacerlo

= Envío de los autores =

San José, 29 de enero de 1934.
Señor don Mario Sancho,
Cartago.

Amigo Mario:

Deploro profundamente que haya gastado usted su tiempo y su dinero en publicar un libro que habrá forzosamente de caer en la indiferencia y el olvido nuestros. Entendámonos: lo deploro por un lado, porque su libro será muy poco leído y prontamente olvidado; lo celebro por otro, porque su trabajo a la larga no será en vano. Sucederá con él lo que con todas las cosas buenas; después de unos lustros de reposo vendrá quien lo descubra y al regocijarse de ello quiera que otros participen en la fiesta; ningún vino puede ser buen vino sin ser vino viejo.

Es ya tan grande mi cuenta de entrometido que no temo recargarla con unas observaciones que me ha sugerido la lectura de su libro. Para comenzar, echando a un lado las cosas que me estorban, debo decirle de una vez y francamente que su artículo sobre Cervantes no pude leerlo. Me resulta lo que dijo un sabio francés de un libro de Marañón: "muy documentado y muy enmarañado", pero ello no hablará mal sino de mi poca cultura literaria.

Su estudio sobre la antidemocracia de Renán tiene para mí un déficit: ¿Por qué quiso ser diputado por tal democracia y cómo influyó su derrota en tales sentimientos? Usted me había antes hablado de ello y en el artículo nada hay sobre este particular; ésta es una de las fallas que quiero apuntarle. Cuando usted habla de Renán recuerdo nuestro viaje a Bretaña y su peregrinación a Treguier, los cuales prueban la sinceridad de su aprecio por él. Usted ha sabido evocarlos en el medio en que corrió de niño y en los claustros en que encauzó su espíritu.

En Joubert siento la falta de un retrato suyo, bien lo vale, pero pueda que esto que escribo "a la luz de mi lámpara, no sea verdad a la luz del sol". Lo cierto es que quien tales frases decía mejor habría de pensar. Me alegro de haberlo conocido a través del elegante estudio que usted nos ofrece.

Para desmentir a quienes creen que un hombre de letras no ve el dolor humano sino a través de un telescopio y a distancias astronómicas, contiene su libro "La Tragedia del S-4", que usted nos acerca tanto que el martillo parece golpear nuestro propio espíritu.

Ahora dígame: ¿cree usted sinceramente que Gómez Carrillo impusiera rastacuerismo en América, o que simplemente hubiese ofrecido "enchiladas" a paladares encallecidos? Yo creo lo último y debemos convenir en que lo hizo bien. Si ahora todavía aplaudimos al acróbata aéreo o al volatinero político, ¿por qué no juzgar a Gómez Carrillo

dentro de su propio medio? "Doctor en Ciencias Frívolas" se tituló a sí mismo. Aprecie más al Señor Doctor, amigo Mario, la desgracia son los licenciados...

Por supuesto que sus predilecciones, manifestadas en la carta réplica, son las cumbres nevadas que en otra ocasión usted citara y que jamás deben ser comparadas con las colinas. Esto mismo me hace sentir que al hablar de Smith nos recuerde a Franklin, aunque fuese tan sólo por las medias.

Muy neto y bien vívido su cuadro de Krishnamurti. ¿No cree usted que fuera buena su lección y bello el gesto de abandonar con independencia felina un sitial de Mesías y recordar a un auditorio, más propio para oír rebuznos, que sólo por excepción poseía oídos humanos y que, por lo tanto, escuchar un lenguaje bien humano era ya mucho honor para ellos?

De España me queda la idea de un iris. El arco es pequeño si se compara con la bóveda azul, pero su línea parece ser más grácil y su luz en cada color más luz que la de la propia fuente de que fué extraída.

Con respecto a la influencia de la cultura hispánica en América, mi creencia es como le decía el otro día, que mientras no tengamos una historia sincrónica de la evolución total de la cultura humana, nada podemos juzgar en forma amplia y a plena luz. Acabo de leer una historia que el Profesor Marchoux del Instituto Pasteur hace sobre la contribución que cada filial de tal centro ha dado al saber humano. Todas dieron algo y algunas mucho y bueno, menos Martinica. ¿Será por Negra, por Caribe o por Americana? ¿Debemos culpar a Francia por tal déficit?

Usted nos muestra lo que México quiere ahora hacer y que va logrando por partes: su cultura nacional con utilización no sólo de su historia regional sino tratando de resucitar, hermoseados, los legados de la raza que vino a fundirse en América y también de la raza que fué su crisol. Pero todo ello después del reposo de unos siglos, después de pasar por el período de vida latente que toda simiente requiere y que también su libro sufrirá.

No veo por qué dolerse de haber admirado y creído bueno lo que al fin de cuentas no es su propio y actual sentir. Para mí todo esto se explica fácilmente por mi creencia de que el hombre es un animal normalmente nómada y constituido únicamente para el pequeño gregarismo y jamás para las grandes aglomeraciones actuales. Ese mismo judaísmo y ese maquinismo ha hecho que se produzcan las figuras que usted estudia y que leyeron el epitafio de Franklin: si ahora no saben arrancar el rayo a las nubes, sí saben quitar el cetro a los tira-

nos de la máquina, del aceite o del oro que sobornan nuestros pueblos. Si sobre el mar humano visto por usted nos hace resaltar, flotando y ascendiendo como nubes hijas del sol, la cooperación y el desprendimiento, bien está. Cada magnate que organizó y que dió no podemos tomarlo como meta, sino como precursor a su manera. Richet dijo:

"Quien sólo tiene dinero nada tiene. A quien le falta dinero le falta todo". Los capitalistas que usted nos cita no quieren ni la primera ni la segunda parte de la sentencia.

Debemos todos agradecer su libro que merece tres palmadas: por su buena selección de los temas, por lo justo de su discernimiento y por lo limpio de la exposición.

Para terminar quiero decirle que abandone la idea de tomar asiento en la barca de Gleyre. Si no se es iluso, no hay posibilidad de perder ilusiones; que sea más bien Gorki quien lo empuje con su frase viril: "Es en las grandes dificultades de la vida donde el hombre de valor encuentra su verdadero camino".

Lo abraza,

C. Picado T.

Cartago, 31 de enero de 1934.
Señor doctor Clodomiro Picado T.
San José.

Mi querido amigo:

Me explico muy bien el sentimiento de pena, casi de conmiseración, que a usted y a cuantos saben que no nació bajo el signo protector de Mercurio había de causarles la publicación de mi libro. En efecto, publicar un libro en Costa Rica, si no se es rico y si se tiene en mira sacar siquiera los gastos de impresión, tiene que ser visto y comprendido como un acto de verdadera locura. Mas, cuando se publica con el ánimo perfectamente resignado a la pérdida, ya en este caso no cabe la lástima, como tampoco cabe en el del muchacho o viejo alegre que se gasta unos reales en una farra. No faltará quien al leer esto me crea más necio y digno de lástima todavía y piense que es una solemne tontedad la del que voluntariamente disminuye su ya exigua importancia capitalística sólo por darse el gusto que únicamente a los niños se consiente.—¿se acuerda usted de los de París y sus juegos náuticos en el estanque de nuestro amado Luxemburgo?—, de fletar un barquito de papel, verlo alejarse hacia dentro y esperar a que un golpe de brisa lo traiga de nuevo a la orilla. Cierto es que tampoco ha sido sólo para divertirme un rato que me he resuelto a hacer ese alarde de publicidad, pero con todo y que esa explicación se que no me deja muy bien parado en el concepto de mis compatriotas, no me convendría desmentirla. Prefiero callarme la verdadera de miedo a que conociéndola sondeé la gente toda la profundidad de mi insensatez. A usted sí voy a revelársela, en confianza, pues que aquí

en el **Repertorio Americano** no hay miedo que lleguen a saberla esos nuestros conciudadanos de que habla su carta. El **Repertorio**, usted lo sabe, se hace en Costa Rica para que se lea en el extranjero; en Cartago, por ejemplo, que por ser donde yo vivo (vivo sin vivir en mí), es donde más me interesa guardar el secreto, apenas tiene esta revista doce suscripciones, contando la de la Biblioteca de la ciudad y del Colegio, la cual, si no fuera por el bibliotecario, se quedaría las más veces sin abrir. Como usted ve, no corremos riesgo de que nos oigan las gentes y menos en estos días que tan ocupadas andan con la política.

Pues bien, aquí inter nos, mi intención al recoger en un tomo esos artículos, algunos inéditos, otros casi inéditos para los costarricenses, pues que fueron publicados en el **Repertorio**, fué buscarles lectores dándoles una publicidad más extensa y más duradera. Me propuse y creo haberlo conseguido, gracias al buen gusto tipográfico de "La Tribuna", hacer una edición atractiva: formato pequeño a propósito para llevar en el bolsillo, buen papel, una cubierta elegante, etc., etc. Todavía calentitos como quien dice, de su paso por la prensa, llevé mis libros a dos de las más reputadas librerías de San José y me traje diez ejemplares a Cartago para ponerlos a la venta en la tiendecita de silabarios, lápices y cuadernos de la localidad. Atendiendo a la crisis que todo lo ha depreciado, incluso el dólar todopoderoso, abaraté lo más que pude mi mercadería, hasta llegar a ponerle a mis **Viajes y Lecturas** el mismo precio que tiene aquí la libra de mantequilla de don Arturo Volio, ₡ 2.50. Pues ni por esas, mis libros no han tenido salida y todavía se hallan en la compañía de los silabarios, lápices y cuadernos. Tres personas, me cuenta la señorita de la tienda, hicieron el envite de comprarlo, pero, como dicen los abogados tan elegantemente, el contrato de compra no se perfeccionó. Tal vez pensaron que mi librito no es ni con mucho un elemento tan importante para su vida como la mantequilla.

Bueno, me dije, no queriendo dar mi brazo a torcer, ésta que llaman los gacettilleros noble y leal ciudad no llega en punto a cultura siquiera a la categoría de villa. Pero es el caso que en la capital no han corrido mis **Viajes y Lecturas** mejor suerte. Ni Trejos, ni Soley, ni García Monge han logrado sacarle a nadie del bolsillo los ₡ 2.50 y meterle en cambio mi librito con todo y ser tan cómodo su formato. Resultado: la edición que no fué especialmente copiosa, apenas si está decentada con los envíos a los amigos de dentro y fuera del país, y me aterroriza la idea de tener que abandonarla al olvido y a los ratones, porque una de las cosas que he aprendido de esta vez es que en Costa Rica resulta más difícil deshacerse de un libro que hacerlo. Claro es que si saliera a regalarlo por las calles pronto me vería libre de él, pero eso no puede parecerme a mí, que soy el padre de la criatura, un modo decoroso de salir de ella.

Lo decente es ir regalando los libros poco a poco cuando viene al caso, esto es, cuantas veces un amigo amable me pregunta: Sé que ha escrito usted un libro, ¿dónde lo tiene a la venta? Pero esto también ofrece una dificultad y es que nadie quiere llevárselo sin la correspondiente dedicatoria, tal vez para ponerse a cubierto de la sospecha que pudiera despertar de habérmelo comprado. Recuerde usted la anécdota de Vincenzi y el Cholo Obregón. Ahora bien, de todas nuestras cursilerías esa de las dedicatorias es la que yo más aborrezco y así y todo esta vez he tenido que poner unas cuantas, y lo que es peor, absolutamente seguro de que el receptor de mis obsequios no leerá de mi libro otra cosa que ellas.

Sí, amigo Clorito, ya hemos llegado a la parte realmente trágica de mi experiencia, y no sólo de la mía, que al fin no soy nadie, sino de cuantos en Costa Rica han cometido con mayores luces y prestigio la misma candoridad de publicar libros. Aquí tal vez se enseñe a leer a la gente, es decir, tal vez se le enseñe la mecánica de la lectura, pero la verdad es que la gente no lee. Cuando más, el periódico, los rótulos del Cine, alguna novelita pornográfica o algunos versitos ramplones; muy distinto de lo que pasa en otras partes, ya no digamos en Estados Unidos o en Europa, sino en países donde no se habla tanto de la importancia que los gobiernos dispensan a la educación pública. Nada me sorprendió tanto en México como lo mucho que se lee allá; hasta el **peladito** mexicano podría dar en esto lecciones a los que aquí pasan por cultos, y sin ir tan lejos, creo que en Nicaragua, aun entre los **mengalos**, hay más interés intelectual que entre nuestros señoritingos, filisteos zafios, como decía mi venerado maestro el doctor Ferraz, aunque los

gradúen de Bachilleres en Ciencias y Letras, Licenciados en Leyes y muy pronto Doctores en Jurisprudencia, si es que cuaja ese famoso proyecto con que algunos piensan remediar las deficiencias de la Escuela de Derecho, creídos de que los grados significan algo por sí mismos, hasta cuando no se trata de alcoholes y temperaturas.

Sí, amigo Clorito, esto sí debe contristarnos el alma, al menos a quienes como nosotros apreciamos el dinero en menos que nuestro empeño de comunicar ideas, buenas o malas, pero al fin ideas, en un país donde la mayoría de los hombres no piden a Dios más que el pan nuestro, y a veces no lo piden ni a Dios sino a sus intercesores en la tierra. Nuestra cultura es cosa para uso externo y que no ha logrado penetrarnos, hacernos más comprensivos, más curiosos de las cosas del mundo, más libres de prejuicios, sino que por el contrario nos ha hecho más necios, más parroquiales y pedantes. Y es que una cultura superficial, ramplona, impartida por maestros de escuela y hasta por profesores de Estado que no tienen fervor por ella, que no se les ve preocupados nunca por otra cosa que el mejoramiento de sus sueldos, que viven haciéndose intrigas entre sí y zalemas a los políticos dispensadores de ascensos, no puede dar a lo jóvenes ninguna elevación intelectual y moral. De la cultura hay que decir lo mismo que Renán dijo de la verdad religiosa: *une vérité que l'homme n'a pas tirée de son propre coeur, et qu'il s'applique comme une sorte de topique extérieur, est inefficace et sans valeur morale.*

Pero a qué hablar de estas cosas. ¿Quién querría ponerse a pensar seriamente en el asunto y arrostrar la grito de los charlatanes responsables de nuestro atraso intelectual que se llaman, sin embargo, apóstoles de la enseñanza, y de los muchos ingenuos que tan ufanos están y estarán per secula seculorum de nuestras escuelas y colegios?

Gracias por su carta, tan generosa, tan animadora, como todas las cosas que debo a su amistad, a esta nuestra vieja amistad hecha aquí, en aquel otro Cartago de la infancia y de la mocedad, conversando al abrigo de los ciastros del viejo San Luis o al aire libre de nuestros pintorescos alrededores, y robustecida luego en los días y las noches de París por nuestro común amor a la Francia promotora del saber y del progreso humanos. Aunque no fuera más que por su carta que revela tan atenta y cariñosa lectura de estos mis **Viajes y Lecturas** me trae recuerdos de los otros, del que hice con usted hace veintitrés años a la Bretaña de Delage y de Renán, estoy satisfechísimo de no haber resistido a la tentación de tomificar mis últimas andanzas por entre los hombres y los libros. No aceptó, pues, su pésame, pues que me siento como de parabién, alegre y dichoso de haber encontrado, a más del buen amigo, el buen lector.

Lo abraza, su afectísimo,

Mario Sancho

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

DE MENENDEZ PELAYO

Observaciones sobre un libro

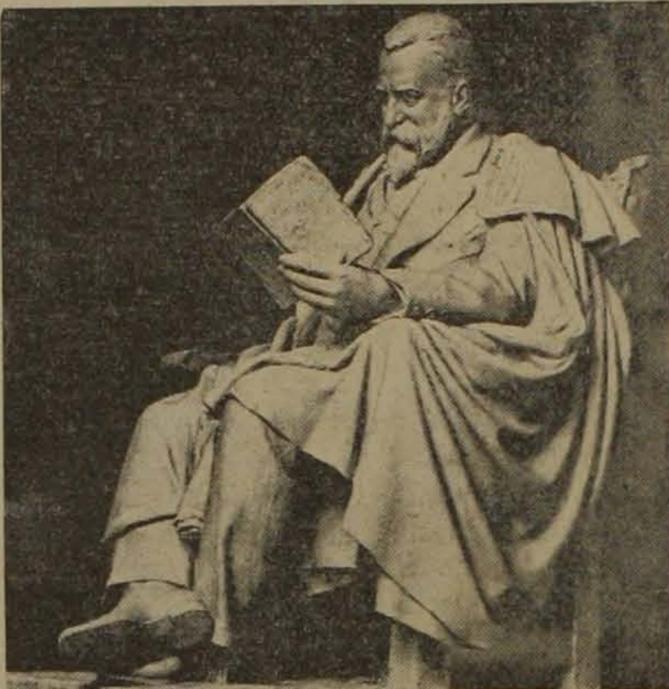
= De La Libertad, Madrid. =

Repetidas veces, con ahinco, hemos pedido la formación de una antología de Menéndez Pelayo. Se publica ahora una antología. La publica don Jorge Vigón, a expensas de un prócer asturiano. La antología que ahora se publica no es la que nosotros habíamos imaginado. Existen en los libros de Menéndez Pelayo multitud de pasajes relativos a sitios, personas y cosas de España. No se puede hacer, espigando en la obra de Menéndez Pelayo, lo que se ha hecho espigando en la de Julio Michelet: un libro titulado "Nuestra España". Michelet, aparte de ser, como es notorio, un gran historiador, era un geógrafo y un naturalista. La empresa de hacer con trozos de Michelet un libro titulado "Nuestra Francia" ha sido fácil. La descripción de Francia que en ese libro se ofrece al lector es maravillosa. En Menéndez Pelayo podríamos encontrar pasajes múltiples que, enmarcados en la prosa fina de un artista literario, pudieran darnos una impresión grata y pintoresca de España. Copiaríase en esa antología, por ejemplo, el retrato de Berceo, hecho por el maestro, y ese retrato iría dentro de un cuadro, pintado sobriamente, de la tierra riojana, en que Berceo naciera. Para Juan Ruiz trazariamos la descripción del Guadarrama, y unas cuantas pinceladas nos harían ver la vida popular en Alcalá de Henares. Al hablar de Quevedo, el retrato pintado por Menéndez Pelayo iría encuadrado en una visión de la Mancha. En la Mancha, en la Mancha Baja, tenía su casa Quevedo. Y el mismo Quevedo, en un romance curioso, pinta el viaje desde Madrid a la Torre de Juan Abad, pasando por Toledo:

Llegué a Toledo y posé,
contra la ley y estatutos,
siendo poeta en mesón,
habiendo casa de Nuncio.

Y la Mancha habría de ser descrita también, con paisajes de Salamanca, al copiar el retrato que hace Menéndez Pelayo del más grande de los poetas españoles, nacido en la Mancha: Fray Luis de León. Y poco a poco, con semblanzas, juicios sobre monumentos españoles, rasguños sobre costumbres, sacado todo de la obra del maestro y encuadrado en una prosa sobria, tendríamos para todos, no para un partido sólo, un libro sobre España; un libro escrito con el estilo vigoroso, coloreado, plástico de Menéndez Pelayo. Todos podrían leer el libro y nadie podría, por razones políticas, recusarlo.

Y no es eso lo que ahora se ha hecho. Lleva la antología de que hablamos el título de "Historia de España". No hay tal historia. Muchos pasajes relativos a la historia nacional han podido ser aperdigados en los libros de



Menéndez Pelayo

Estatua de Lorenzo Collaut Valera

Menéndez Pelayo. No se ha podido, sin embargo, establecer una perfecta continuidad. Existen lagunas en esa historia. Y no habría para formar la historia con pasajes de Menéndez Pelayo sino un recurso. Supongamos que deseamos hacer una retórica basada en ejemplos de un gran escritor. ¿Qué escritor escogeremos para nuestra experiencia? El más vario, fino, fluente y vital de todos los antiguos: Fray Luis de Granada. El secreto del estilo consiste en la mezcla de lo literario con lo familiar. Ni ha de predominar lo familiar, porque entonces damos en lo chabacano, ni ha de predominar lo literario, porque nos encontramos con el escollo de la afectación y el preciosismo. La combinación es difícilísima. No la ha realizado nadie tan felizmente como Fray Luis de Granada. Vamos a formar una retórica con ejemplos del granatense y recortamos en sus libros todos los ejemplos que encontramos. ¿Acaso daremos escuetamente una lista, serie o ringla de esos pasajes? No; escribimos una retórica, y conforme van apareciendo las ocasiones iremos embutiendo un ejemplo tomado de Fray Luis. Llegarán, "verbi gratia", las figuras de palabras, repetición, conversión, compleción, conduplicación, y a medida que tratemos de estas figuras y las describamos pondremos los pasajes correspondientes de Fray Luis. Y esto es lo que hizo en su "Retórica", basada en ejemplos de Fray Luis, el escolapio Calixto Hornero. Y esto es lo que debió hacer el antologista de Menéndez Pelayo.

Debió trazar un esquema sobrio, impersonal, de la historia de España, y al llegar el momento en que un texto del maestro puede ser utilizado, copiarlo. Así tendríamos una historia continuada, coherente, de España, con la armadura u osamenta hecha por Menéndez Pelayo.

Habríamos evitado con ello las soluciones de continuidad que lamentamos ahora. Y habríamos evitado también, para lograr la continuidad, el copiar trozos que no debían ser copiados. ¿Es que don Jorge Vigón, al formar esta antología que imaginamos, hubiera prescindido de esos pasajes no deseables? De ninguna manera. Su propósito ha sido el opuesto. Resalta, en la formación de esta antología, una preocupación. Con arreglo a esa preocupación ha sido formada. Se puede decir que si esa preocupación no hubiera asistido, la antología no se hubiera hecho. Menéndez Pelayo hizo a lo largo de toda su vida un nobilísimo esfuerzo por librarse de los prejuicios de partido. Lo logró en el último período de su existencia. Y ahora un colector de trozos suyos, al formar una antología, realiza un esfuerzo a la inversa del que el maestro realizara. No es de aplaudir el "servicio" que se hace a la memoria de Menéndez Pelayo. En la primera página del prólogo se habla del amor a España de Menéndez Pelayo y de su sentimiento monárquico. "Son aquel amor y este sentimiento—dice el prologuista—los que permitirán acometer la empresa titánica de la reconstitución española". La reconstitución española no ha de realizarla la monarquía. La institución monárquica cumplió ya su destino histórico en España. Tres páginas más adelante el prologuista nos vuelve a hablar del monarquismo de Menéndez Pelayo; algunas páginas más allá tornamos a encontrarnos con "la fe monárquica" del maestro.

El designio del colector es evidente. Pero ¿qué diríamos si se formara una antología de Cervantes, de Calderón, de Lope, de Gracián para demostrarnos su monarquismo? Monárquicos fueron también Pereda, Galdós, en lo mejor de su vida literaria; Campoamor, Núñez de Arce, Emilia Pardo Bazán, y a nadie se le ocurriría formar una antología de sus obras para sacar de ellas triunfante la idea monárquica. Eran monárquicos todos esos autores; pero si son algo—y si es algo Menéndez Pelayo—no es en razón de su monarquismo, sino en virtud de otra cosa. Y esa otra cosa es el genio de Menéndez Pelayo y de los demás autores citados. La preocupación del monarquismo lleva al antologista a citar páginas de Menéndez Pelayo que no debieran ser citadas. Tales son las que se consagran a Castelar, a Pi y Margall, a Salmerón, a Sanz del Río; páginas todas denigrativas de esas personalidades. ¡Pobre de Menéndez Pelayo si no tuviera más sensibilidad que la que acusan sus páginas sobre Castelar! ¡Sobre Castelar, que al igual que Fray Luis de Granada, ha ensanchado prodigiosamente el idioma y le ha hecho decir cadent-

(Pasa a la página 76)

Ladera de la muerte en la poesía de Julio Supervielle

= De La Nación. Buenos Aires. =

"Nací en Montevideo, pero apenas contaba ocho meses cuando un día salí para Francia en los brazos de mi madre, que debía morir la misma semana que mi padre. Sí, todo esto en una sola frase. Una frase, un día, toda la vida, ¿no es igual para quien ha nacido bajo los signos gemelos del viaje y de la muerte? Pero yo no quiero hablaros aquí de la muerte..."

Así escribe Julio Supervielle en las primeras páginas de su libro "Uruguay". No quiere hablarle a su país de lo que tanto y duro acento ha dado a uno de los mejores cauces de su poesía; no enlutar, al hablar a los suyos, los recuerdos infantiles de su "bello triángulo de tierra". Y él sabe que debajo de ese silencio que a sí mismo se impone, una fuerte oleada de angustia está golpeando por salir; que bajo el agua de ese silencio verdadero, sin eco ya y sin respuesta, le está rebosando el pensamiento, arrastrándose hacia un distinto paisaje, más hosco para él y lleno de fantasmas. Paisaje que en el centro de su poesía y en el mar del mapa de Francia, vigilado siempre por los Pirineos, tiene un precioso nombre: "Oloron-Sainte Marie".

Es el pueblo de mis padres; me llaman todas las cosas...

Cualquier lugar, cualquier sitio, ligado íntimamente a no importa qué suceso capaz de desviar el curso de la sangre, basta para abrir una zanja en el alma del poeta, boca de tierra por donde tragará, para volverlo a escupir con un nuevo y mágico sentido, el mundo. Así sucede, por ejemplo, que la piedra más anónima de un monte, unida al despedirse colérico o suave de unos ojos en lágrimas, o al rompimiento meditado de una vena profunda, puede llegar a iluminar, escondida o visible, parte, cuando no todo el planisferio de la poesía de un hombre. De esta manera, el pueblecito de Oloron-Sainte Marie, con su inseparable tragedia familiar, pienso que abre en la poesía de Julio Supervielle, duro, directo, español y encrespado, su sueño de la muerte.

Sin carne, con los huesos a veces convertidos en amenaza, sencillamente hablando como en Jorge Manrique, Unamuno y en el mejor Antonio Machado, este poema de Oloron llega a clavarnos por todas partes, a dolernos en lo más obscuro, haciéndonos difícil la marcha entre sus tumbas.

¡Oh, muertos de andar esquivo,
que confundimos siempre con la inmovilidad,
perdidos en su sonrisa como epitafio en la lluvia,
de posturas contraídas, molestos de tanto espacio...

Es algo extraño a la poesía francesa este fuerte acento realista, que al ser



Julio Supervielle

pasado al castellano adquiere aún más violencia. Seguid leyendo:

Acabasteis con los labios, sus razones y sus
hesos,
con las manos que nos siguen siempre sin
apaciguarnos,
con los cabellos que crecen y las uñas que
se rompen,
y, tras de la frente dura, con la mente que
se agita.

Las uñas que se rompen... los cabellos que crecen... ¿No es ésta la manera más espantosa, más andaluza, "jonda", si se quiere, de hablarnos de los muertos? Esta impresión de cuerda a punto de saltarse, de oquedad llena de vacío sonoro, ¿no es parecida a ese sordo rumor de ola en avance que entran en el alma algunos versos de Machado? Recordad:

Daba el reloj las doce... y eran doce golpes de azada en tierra...

Y si continuamos avanzando con Supervielle por entre "la tropa lívida" de su poema, le oiremos cómo hacia el fin, al aproximarse al último jaramago ama-

rillo de las fosas, recita con una fría complacencia plástica, para mayor parentesco con nuestro sentido visual de la muerte, toda una lenta letanía de "pequeños, grandes huesos, cartílagos", suplicándole al tórax que sin temor se deje llenar por el aire del día, hablándole al húmero sombrío de la dulzura carnal de la noche, concluyendo esta brusca, concreta y misteriosa "visión memorable" con un dejo cansado de oficio de difuntos:

Y tú, rosario de huesos, columna vertebral,
que no desgrana ninguna mano,
aleja de nosotros esa hora enemiga,
roguemos por el río que nos riega la vida
y hacia nuestras pupilas inquieto se apresura.

Paralelo a "Oloron-Sainte-Marie" en espíritu y sencillez de desarrollo, pero mezclado su duro acento dramático a una desesperada ternura, "El Retrato", ligado entrañablemente al paisaje de Oloron, es el otro gran poema que mejor explica en Supervielle el sobresalto de su poesía ante la muerte. Sobresalto alejado de toda preocupación doctrinal, naturalmente producido, como el recular instantáneo de la sangre al asomarse a la boca de un precipicio.

Este retrato que Supervielle revive inclinado sobre la fotografía marchita de su madre, viajando con ella, a través de ella, como por transparencia, por ese "país clandestino" que sólo ellos pueden cruzar, es seguramente lo más hermoso y auténtico que ha escrito la poesía contemporánea francesa.

Por unos instantes, el desvelo, ya dócil o colérico del poeta, le hace caminar a empujones, o con dulzura, por una improbable y sin embargo concreta realidad, donde su propia luz aun le permite reconocer los objetos:

Fué tuyo ese brazaletes vivo en la noche de un cofre,
en esa noche abrumada donde la luna creciente
intenta en vano elevarse
y vuelve siempre a empezar, cautiva de lo imposible.

Por paisajes siempre así, deslumbrados de misteriosos sucesos y fenómenos cósmicos, suele andar viajando Supervielle, unas veces a tientas, otras no, con la angustia de sentirse de pronto resbalado por esos trágicos descensos que van a dar a las laderas de la muerte. Por ellas ha encontrado el mejor cauce de su poesía. Cauce que desemboca en el extraño mar de los "Poemas de Guanarirú" y "El espejo de los muertos".

Con motivo de la aparición de una antología de sus poemas, traducidos por un grupo de poetas españoles, escribo hoy este comentario sobre mi amigo Julio Supervielle, gran poeta de Francia, montevidiano de origen, como Lautreamont y Laforgue.

Rafael Alberti

París, diciembre de 1932.

La Agencia de *Repertorio Americano* en Manizales, a cargo del Sr. Benigno Cuesta (hijo), acepta agencias y representaciones de toda clase de publicaciones y negocios en general.

Referencias a solicitud.

MANIZALES, Colombia

Jules Supervielle o la aventura de la poesía

= Colaboración =

Para Adolfo Ortega Díaz, que también es poeta de nuestra América.

Jules Supervielle, el admirable poeta cuyas visiones del mundo forman el paisaje de un lirismo inédito, después de haber errado por las pampas rumorosas y solitarias de la América del Sur las abandonó, con un gesto de desesperación nostálgica, para instalarse bajo el cielo de Francia. En el engranaje de este lirismo sentimos, sin embargo, una alegría nada sedentaria, quizás porque el espíritu de este poeta ha conocido todos los climas y todas las fiebres de la tierra: también ha recorrido los caminos más opuestos del arte, desde el versolirismo hasta la geometría limitada de las expresiones clásicas. Su poesía es, por lo demás, una fiebre a alta presión diltada tanto en el tiempo como en el espacio. No es otro el empeño de este aventurero de las emociones líricas: en su misión de cazador de imágenes, de cristizador de sensaciones sensibles, descarnadas y esenciales como quiere el desconsuelo de nuestro arte moderno, de improvisador de mundos y de sueños sutiles, reduce siempre su alma a la más noble y graciosa manifestación humana.

Penetramos de lleno en los dominios de un poeta: su sensibilidad, su emoción, sus formas representativas nos revelan lo que ya sospechábamos en las anécdotas de los personajes de sus novelas. Pero como es poeta, no sólo las fantasías y las ideas sensibles lo atraen: también las metafísicas enrevesadas, las plásticas sensibles, las sugerencias psicológicas en que la vida se resume en una confluencia de postulados divinos y crueldades misteriosas. Por tales rumbos nos lleva a los dominios de la poesía moderna, cuyo nacimiento data de los esfuerzos líricos de Arturo Rimbaud, quien descubrió lo que un crítico llama "el romanticismo interior". Es la liberación de todo cuanto nos posee sin el temor de violentar, en el torbellino de la creación, el ritmo de las palabras y de las ideas. Nos hallamos muy lejos, pues, de los simbolistas que todo lo resolvieron por la vaguedad musical de las palabras y de las sugerencias líricas. No olvidemos que casi todos los maestros de esta ante-crisis del arte sacrificaron el secreto de la verdadera poesía a lo que ellos mismos llamaron la estética. No violamos, por supuesto, la autenticidad de los grandes iniciados del movimiento—; oh sombra de Mallarmé!, —porque en ellos sorprendemos la fuerza humana, acaso solitaria, que en vano trata de reducir sus angustias y sus problemas líricos a expresiones comunicativas, es decir, a fórmulas de liberación del misterio. Pero los que vinieron después, los que contribuyeron a la verdadera liberación del lirismo, sí supieron crear las formas de un subjetivismo emo-

tivo que es como el fondo de toda la poesía moderna. Rimbaud inicia la lucha devolviéndole a la poesía su vitalidad casi espontánea; luego viene el desbordamiento trágico de las prosas desconcertantes del conde de Léautrémont. También Jules Laforgue asoma su suave y melancólica ironía en este panorama.

De esta liberación, de esta complicidad de todos los elementos humanos en un fin poético, ha nacido el arte moderno. Claudel es el que mejor realiza este "orden dentro de la anarquía", aunque rompa—y quizás por ello mismo su obra sea tan significativa—, la tradición de la armonía francesa para formar una nueva lengua, arquitectónica y recia, para la expresión de su bondad artística. Acentúan esta liberación los que descubren, dentro de los nuevos modos de expresarse, en sus comunicaciones con otros pueblos y civilizaciones de la tierra, un afán por llegar a los dominios de un ritmo interior verdaderamente lírico: los cantos de Barnabooth escritos en todos los sleeping-cars que parten hacia los rincones más contradictorios del mundo; las constelaciones de Saint-John Perse, fuertes y extrañas como los períodos en que acomodan sus inquietudes; el simbolismo, casi solitario, de León Paul Fargue y en los últimos años, las locuras de los discípulos del dadaísmo que remataron en el movimiento "surrealista". Tal es la geografía intelectual de las inquietudes del lirismo moderno, en sus flujos bajo un cielo en

gestación de sistemas estéticos que reducen las leyes del arte. Apollinaire fué el primero en lanzar el grito de alarma de esta libertad lírica defendiendo los brotes tempranos de la nueva sensibilidad. El arte nuevo, que al sentirlo simplemente parece no ser sino una locura o capricho de escuela, representa el más interesante movimiento realizado por la poesía. Es justamente la iniciación a una magia en que el lirismo tendrá su significado concreto, en sus manifestaciones religiosas tanto como en sus consecuencias de desequilibrio del alma; aunque no fuera más que por esto, es preciso declarar que si en el mundo de los sentidos no alcanza a satisfacer los anhelos de la preponderancia que la materia tiene en la civilización actual, por lo menos esta forma de la audacia libre es digna del destino humano, pues no rehuye prestar sus expresiones para el nacimiento de un nuevo espíritu religioso.

Jules Supervielle es uno de los poetas que mejor caracterizan esta nueva corriente aunque oculte los secretos estremecimientos de su lirismo, en las formas regulares de sus versos. Es un poeta auténtico dentro de la generación a que pertenece y para prestigiarlo como un momento interesantísimo de la poesía francesa bastan sus poemas *Débarcadères*, *Gravitations*, *Oloron Saint-Marie*, *Le Forcat Innocent*, que esparcen, hacia todos los rumbos del alma, de la fantasía y de la ternura retenida, un curioso mundo de posibilidades líricas. Al penetrar en los horizontes infinitos de sus poemas sentimos una especie de superstición prendida en el canto domesticado de los colores espectrales de una naturaleza fuera de la realidad y sometidos a un ardor metafísico que vivifica todo lo que toca, todo lo que enreda en sus

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

ansias musicales. Es un trasmundo de cuanto nos ofrece la generosidad de los sentidos, dilatándose en un túnel psicológico que no llega nunca al fondo de la sensibilidad y la inteligencia. ¡Qué lenta y difícil iniciación al misterio las de este arte que, sin embargo, nos invita a vivir sus consecuencias plenamente! Pero cuando llegamos hasta él, cuando el oculto sentido de sus intenciones nos penetra, oímos llegar hasta nosotros una consolación espiritual en un mundo en que todo es desconocido: desde las estrellas hasta una vaguedad personal que viaja en un ambiente calcinado por las fuerzas imprevisibles que se hallan detrás de "las espaldas del espacio". ¿Recordáis la incertidumbre diabólica que André Gide nos hizo gustar, amargamente, en el poeta inglés William Blake? Supervielle no es un poeta satánico, pero en sus manos las perspectivas de las apariencias sensibles se modelan según la lógica de la fantasía que despliega el bien y el mal como un abanico que ventilara todas las fuerzas de lo desconocido.

(¡La fantasía! Cuando hablamos de los poetas quisiéramos que esta palabra no viniera a nuestra memoria, pues nos evoca todos los errores que ha creado la literatura comparativa, la literatura de las metáforas. Jules Supervielle es el más parco de los poetas: en tal sentido sigue las tendencias del arte moderno que ha relegado la metáfora, como las otras formas de la elocuencia, para las expresiones inferiores. La poesía no tiene necesidad de metáforas. La poesía debe insinuarse al espíritu directamente creando solamente imágenes prontas a transformarse en realidades superiores. ¡Cuántos siglos se han necesitado para convencer a los artistas que la fantasía y su descendiente literaria, la metáfora, son el enemigo mayor de la emoción: con ella sólo se llega a la superstición del arte y a la negación de su verdadera facultad creadora).

Si en un principio se sintió en la formación del espíritu de Supervielle una tendencia hacia los planes emotivos que más concuerdan con su sensibilidad, hoy podemos decir que ya ha encontrado el sentido cabal e íntegro de su inteligencia y de sus manifestaciones líricas. En el análisis de este poeta no vacilamos en hablar de inteligencia, en su sentido de orden, dominio de pasiones, equilibrio del espíritu, pues no hay arte más lógico y emoción correspondiente más pura que los suyos. Al aparecer su primer libro de poemas, *Poèmes*, se pudo pensar en la influencia de su compatriota Jules Laforgue y acaso de algunos simbolistas. Luego, cuando los soberbios frescos de los *Débarcadères* vieron la luz, se pudieron evocar las huellas de Paul Claudel, de Saint-Léger Leger, de los norteamericanos que van de Walt Whitman a Robert Frost y aun retorno a cierta estructura medioeval. Pero en sus más recientes libros hallamos lo que es suyo; su sensibilidad y su fuerza de abstracción lírica resaltan en los poemas de *Gravitations*, *Oloron Saint-Ma-*

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

ABOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa

TELEFONOS:

OFICINA No. 3726 - HABITACIÓN No. 3153

rie, *Le Forcat Innocent*. Despliega el espíritu con pereza religiosa, hacia los rumbos desconocidos de su nuevo arte, muy dueño de su equipo de imágenes, de sus quimeras, de sus metafísicas consoladoras, de su maquinaria interior que empuja, a modo de un viaje por los países de la eternidad,—como las velas de todos los sedientos de horizontes fugaces—, sus secretos y sus nostalgias. En la visión de los sitios que contemplaron las generaciones que fueron madurando, en las entrañas del tiempo, su alma de poeta, se detiene unos instantes para despertar las sombras de los amores prematuros que otros seres gozaron antes que él: de su descenso al pasado nos trae unos poemas bellos, aun temblorosos del abrazo que le dió a la muerte. La sorpresa que le produjo la continuidad vital de los seres y las cosas prende su vuelo en este retorno al laboratorio en que se opera la noción del cambio.

En la iniciación de su carrera poética Jules Supervielle cantó lo que habían visto sus ojos, lo que había conservado su memoria de la edad de su niñez, cuando sus sentidos almacenaron la soledad rojiza y entristecedora de las pampas de su tierra natal, el Uruguay, pues

este poeta, como Jules Laforgue e Isidore Ducasse (el conde de Léautrémont), nació al borde de las tierras ilimitadas de Sud América: tierras de ensueño donde los hombres han aprendido la canción monótona de la nostalgia. Oídlo exclamar — con el mismo fervor con que el solitario de Manhattan cantaba a su ciudad muy querida desde lo alto del puente de Brooklyn,—su canción de la hierba que no conoce el agotamiento del horizonte:

Je fais corps avec la pampa qui ne connaît pas la mythologie...

Por sus desembarcaderos líricos desfilan paisajes de todos los colores sobre el lomo de bestias de carga, grandes soledades que el viento curva, bajo el sol o la luna, hierba reseca humedecida por el mujido de novillos furiosos que miden el arco del horizonte con sus hocicos cuajados de espuma, y el desfile de las manadas de bueyes, grandes como árboles solitarios, robustos como el cielo, apacibles como el canto de la guitarra del gaucho, perdido en la noche de América, una pena romántica en el fondo del alma... Y entonces, cuando el amor apacigua esta costra de inquietudes que son la dádiva de los sentidos abiertos al mundo, inicia, desde su casa de París, el viaje de sus ideas, de sus "desintegraciones sentimentales", de sus nostalgias, y nos relata el anverso y el reverso de una tierra construída para el uso personal: se burla de las leyes naturales; lo que es concreto en la realidad es falso para él; la abstracción humana es más real, por el contrario, de como la percibimos. Todo es un conjunto en marcha, una sucesión de misterios en un perenne desplazamiento: el poeta contempla su mundo desde la ventana de su vida, cuya misma contex-

COIN CONTROLLED CONSTRUCTIONS

We wanted to operate and shell coin controlled constructions. We supply any type machines. Tell us the kind you are interested.

All communications must be in English,
Barr Novelty Company, Shamokin, Pa. U. S. A.

tura debe parecerle funambulesca. Recordemos la evocación del conde de Léautrémont: fantasía, misterio, inquietud flotando en un cielo de azufre en el que hubiera soplado, con sus carrillos inflados por la imaginación, una divinidad escondida en los parajes secretos del trasmundo.

A partir de esta teoría de metafísicas líricas, en el mismo plano de evocación, Supervielle nos transporta al dominio de sus bellezas sentimentales con un libro diminuto que es una verdadera obra maestra de la actual poesía francesa: **Marie Saint-Oloron**. Es el viaje a un desplegamiento, en las dimensiones del pasado, del tiempo durante el cual reviven todos los sentimientos, ideas, emociones de los seres que forman la osatura de su lama. En estos poemas profundos e inquietantes, nos recuerda la fuerza lírica de Reiner Maria Rilke, otro raro poeta que también descendió al fondo de la memoria de la sensibilidad. Todo es emoción religiosa en estos poemas, secreta conformidad con las energías que forman la órbita de los mundos sensibles, de los cuales no somos responsables sino es por la ley de la continuidad de la especie. El poeta canta el frío de estos mundos angustiosos que se hallan en las profundidades de la

eternidad como simples larvas de la memoria:

Mais en nous rien n'est plus sûr
Que ce froid qui vous ressemble,
Et s' élève comme un mur
De givre derrière un tremblement.

Ne me tournez pas le dos. Ne sentez-vous
Un vivant de votre race près de vos anciens
génoux?

El soplo de los poemas de este libro despide el perfume de las cosas envejecidas, más allá del tiempo, en un rincón incontrolable del espacio donde el alma se hubiera inmovilizado en un sueño capaz de sinceridad. Es el mismo soplo de eternidad que hallamos en William Blake, pero en el inglés orientado hacia las regiones satánicas, aquellas en que la vida se resquebraja en una desintegración dolorosa; la sombra del ángel de Swedemborg contribuye a hacer sentir con mayor angustia el escalofrío de la epidermis del tiempo en su confusión con el espacio a través de cuya juntura los poetas asoman sus antenas adivinatorias. Por los antros de esta poesía nos encaminamos hacia la locura, que nunca va más allá de una sensación de lo divino.

León Pacheco

Marzo, 1933.

Observaciones sobre un libro...

(Viene de la página 72)

ciosamente, musicalmente, lo que desde los tiempos de Fray Luis de Granada no se había dicho! Esos hombres juzgados por Menéndez Pelayo en páginas disculpables en un periódico, cuando se escribe efímeramente y con ardimiento, nunca en el reposo de un libro; esos hombres, Castelar, Pi, Salmerón, Sanz del Río, son parte integrante de una nacionalidad: España. Y a la formación moderna de esa nacionalidad han contribuido poderosamente. Y como tales nobles obreros de una nación, España, merecen el respeto y la admiración de todos. El historiador, por lo tanto, en vez de denigrarlos, debe contar con ellos e incorporarlos a la Historia. No cuenta con ellos el formador de esta historia de España, sino para denostarlos. Pone a plena luz páginas escritas ligera y apasionadamente por el maestro. Y con ello daña al maestro y vulnera España.

Lo más interesante del caso, en resumen de cuentas, es que el propósito apologético del colector—apología de la institución monárquica—no se logra. No fué hecha España por la monarquía. España se hizo a sí misma. La tradición española es independiente de la monarquía. Se puede ser tradicionalista y no ser monárquico. En el mismo prólogo de la antología se cita el juicio de un admirador del maestro. Hablando del monarquismo de Menéndez Pelayo se dice: "Su monarquía ideal no fué la de los Austrias ni la de los Borbones. Dos siglos de absolutismo glorioso, pero exótico, y otros dos de absolutis-

mo inepto", decía él, habían borrado la noticia de nuestra constitución histórica. Su admiración y su simpatía iban a los Reyes Católicos". Dadas estas palabras, si tenemos que limitar la prístina y espontánea constitución histórica española a los Reyes Católicos, ¿qué haremos con el resto de la institución

monárquica española? ¿Qué institución monárquica será ésa que nos vemos obligados a limitar a un determinado período? El libro todo de Menéndez Pelayo puede, aparte de lo dicho, ser aceptado en su esencia por un republicano, un republicano patriota y conservador. Entonces, ¿qué se ha hecho del designio del antologista?

Si es que se quería hacer, como era el propósito, un libro apologético de la monarquía, ahí están a disposición de cualquier antologista los grandes teorizantes de la monarquía: un Donoso Cortés, un Aparisi y Guijarro. Pero con esos escritores, lector, no establecerán contacto los apologistas actuales de la monarquía constitucional. No; no lo establecerán. ¿Y sabe el lector por qué? Pues porque todos los argumentos que ahora, ante la República, emplean los partidarios de la monarquía constitucional son precisamente los que esos grandes teorizantes—singularmente uno de ellos: Aparisi—empleaban, ante la monarquía constitucional, en defensa de la monarquía absoluta, o, por lo menos, tratándose de Donoso Cortés, en defensa de una monarquía, no basada en el sufragio que estriba, en la voluntad, "un hombre, un voto", sino en el sufragio limitado a las capacidades. Los textos son curiosísimos. La similitud es sorprendente. Hay, por ejemplo, una carta de Aparisi y Guijarro, dirigida en 1872 a "La Epoca", que es interesantísima. Y si lo que ahora dicen de la República—desde el punto de vista de la pura y elevada doctrina—los monárquicos constitucionales es lo que a ellos se les reprochaba por los partidarios de la monarquía pura; ¿no tendremos motivos para desentendernos de sus argumentos?

Azorín

Breve historia de mis opiniones

= De Sur. Buenos Aires, Rep. Argentina. Traducción de Antonio Marichalar. =

(y 3. Véanse las dos entregas anteriores)

El William James que había sido mi maestro, no era ciertamente este William James de los últimos años, cuyos pragmatismos, empirismo puro y metafísica romántica han conmovido al mundo. Aquel a quien yo conocí, en mi época estudiantil, era más bien un perplejo, pero esclarecido profesor, desconfiado de la metafísica, y una de cuyas máximas era que el estudio de lo anormal es el mejor camino para entender lo normal. Fué también el genial autor de **Los Principios de la Psicología**, libro del cual nos leyó, a un reducido grupo de estudiantes, en 1889, algunas páginas, manuscritas todavía, discutiéndolas con nosotros. Sin embargo, lo que adquirí de él fué, más que nada, eso que él nunca enseñó de una manera explícita, pero que yo asimilé del fondo de su espíritu y de su doctrina. Era lo más importante de esto, si no me engaño, un sentir

de lo inmediato, de lo relativo al hecho súbito de la experiencia, no adulterado ni explicado. Por rica y varia que fuera la acometividad para William James, tal auténtica experiencia era siempre, en su totalidad, de la misma naturaleza que una sensación. Poseía una unidad vital de una pieza, toda ella palpitante, y que constituía el sólo hecho fugitivo de nuestro ser. Aunque se puede trazar en ella una continuidad de cualidades, su existencia era siempre efímera y autogarantizada. El concepto de la vida, o del alma del hombre, tomaba su realidad y su unidad de la realidad intrínseca de esta experiencia, en sus partes sucesivas: la existencia es un eterno renacer, una luz fugaz para la cual se ha perdido el pasado y está incierto el porvenir. El elemento de indeterminación, que con tanta fuerza sentía James en esta afluencia vital, era precisamente el

pulso de una nueva sensación imprevisible, llamando, aquí y allá, la atención a hechos inesperados. Era aquella la época del impresionismo hasta en pintura. La aprehensión impresionista, por lo tanto, maravillosamente libre de apropiaciones o presunciones intelectuales, hacía sentir a James, de una manera intensa, el hecho de la contingencia o bien la contingencia del hecho. Y esto se me antojaba, no una mera peculiaridad de su temperamento, sino una profunda incisión en la más recóndita esencia racional de la vida. Pronto llegué a reconocer que la existencia se halla intrínsecamente dispersa, apoyada en sus diferentes momentos, y es totalmente arbitraria, no sólo en conjunto, sino en el carácter y en la incidencia de cada una de sus partes. Quien cambia los pedazos, cambia el mosaico, y no nos es dado contar, ni limitar los elementos, cual si se tratase de un pequeño caleidoscopio que en él pueden agitarse juntos para formar otra imagen. No es fácil que hayan podido preexistir muchos de ellos: el placer, el dolor, o bien todo el dibujo completo.

Pero, me pregunté: ¿Bastaba esta razón para hacer incondicionales estas novedades? ¿No era la sensación, en su constante sorprendernos, una advertencia continua para con nosotros de los choques que ocurrían en el mundo exterior? Y estos mismos choques, ¿no producirían siempre las mismas sorpresas, si no fuera por el hábito y la memoria? La experiencia de la indeterminación no era prueba de indeterminismo, y cuando James llegó a convertir la experiencia inmediata en el hecho físico primario, me parecía que su pensamiento se diluía en palabras o en supersticiones confusas. El libre albedrío, un profundo poder moral, opuesto a todo lo que sea indeterminación romántica en el ser: he aquí lo que James trató de condensar en el más impulsivo movimiento: en el prejuicio de la atención.

Insistía, con vehemencia, en la eficacia del hecho de conciencia, invocando en su apoyo los argumentos darwinistas; argumentos que consideraban

esta conciencia como un instrumento material, destinado a absorber y transmitir energía. No era, por consiguiente, extraño que dudase, más tarde, hasta de la existencia de la conciencia. Surgió una nueva física o metafísica, en la cual los elementos aportados por la experiencia inmediata serían desplegados y estereotipados de tal manera que vinieran a constituir elementos de la naturaleza. Pero esta cosmología, compuesta de imágenes, tenía el inconveniente de abolir la imaginación humana con todo el patetismo y la poesía de su animalidad.

James renunció, de este modo, a sus dotes de psicología literaria: esa perspicacia romántica en la que él tanto se distinguió y que faltó a sus continuadores. Me enorgullezco de haber seguido siendo un discípulo de aquel primer maestro, no sofisticado, que era un agnóstico respecto al universo, pero un poeta impulsivo cuando ponía el corazón en sus diagnósticos, un maestro en el arte de recordar o de adivinar los elementos líricos de la experiencia, tales y como en rigor se presentaban a él o a mí.

La experiencia lírica y la psicología literaria, como yo aprendí a concebirlas, son capítulos de la vida de una raza animal en un rincón del mundo natural. Pero antes de relegarlos a este humilde lugar, que no nos priva de ninguna de sus prerrogativas espirituales, me vi en la necesidad de afrontar el terrible problema que irrumpe cuando la psicología literaria y la experiencia lírica llegan a ser el eje o la materia misma del universo, como sucede en la filosofía moderna.

¿No tendrá esta experiencia ninguna condición exterior? Y, de tenerlas, ¿son éstas cognoscibles? ¿Y en qué principios, si es que no las tiene, se engendran esas cualidades o se distribuyen esos episodios? ¿Cómo puede la psicología literaria, o la experiencia universal, descansar en otro apoyo que no sea la fantasía del psicólogo o del historiador?

Aunque James había estado preocupado por estas cuestiones y Royce había basado en ellas su filosofía, ni el uno ni el otro de mis dos principales maestros

habían logrado, al parecer, una idea clara en este asunto. Fué únicamente más tarde, leyendo a Fichte y Schopenhauer, cuando empecé a verme en camino de una solución.

Nos hallamos obligados a oscilar entre un trascendentalismo radical, reducido a una solipsis del momento, y un materialismo destinado a ser suposición previa para una cordura convencional. No había contradicción en unir un escepticismo, que no era dogmática negación de nada, y una fe animal que era francamente una mera suposición implícita en la acción y en la descripción. Sin embargo, para hacerse justificable y coherente, necesitaba dicha oscilación una cierta inteligencia de los dos últimos extremos: en qué consistía la causa "cognoscendi" del mundo material, partiendo de la experiencia inmediata, y en qué consistía la causa "fiendi" de la experiencia inmediata, partiendo del mundo material.

A pesar de las especulaciones de mi amigo Stromg, yo nunca he visto mucha nueva luz en este segundo punto. Me reduzco simplemente a denunciar el nacimiento de la conciencia en el cuerpo animal como un mero hecho. Una psique, o núcleo de organización hereditaria, asume y gobierna esos cuerpos, formando, al mismo tiempo en ellos, una mente que sufre, sueña y espera. Las investigaciones de un Frazer o de un Freud han demostrado hasta qué punto es rica y loca la mente humana en su esencia, qué hondo es su juego en la vida animal y qué remotas se hallan sus más prístinas y más profundas impresiones de una interpretación de sus verdaderas causas. Un complemento firme e interesante a esas investigaciones es el proporcionado por la filosofía del Comportamiento, que yo acepto sinceramente en su positivo sentido biológico. La vida hereditaria del cuerpo, modificada, accidental o disciplinariamente, forma un ciclo cerrado de hábitos y de acciones. De esto es la mente una expresión espiritual concomitante, invisible, imponderable y epifenomenal, o como yo prefiero decir: hipostática, pues las unidades motrices y las tensiones de la vida animal se han sintetizado en muy otro plano del ser, en las verdaderas intuiciones y sentimientos auténticos. Esta fertilidad espiritual en los cuerpos vivos es la más natural de todas las cosas. Es de la misma manera incomprendible que la existencia toda, que el cambio o que la génesis son incomprendibles. Pero podría ser mejor comprendida; esto es: mejor asimilada a los otros milagros naturales si pudiéramos comprender mejor la vida de la materia dondequiera y la de sus diferentes agregaciones.

He logrado conclusiones más positivas en el otro punto, sugerido por mi naturalismo; es decir, en la cuestión de la creencia del mundo natural. Creo que el criticismo debe ser invitado, ante todo, a desplegar toda su malicia; nada hay más peligroso, en esto, que la timi-

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anis Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

dez o la convención; un trascendentalismo puro y radical renunciará a todo conocimiento del hecho. La naturaleza, la historia, el alma, se truecan en presencias fantasmales o meras nociones de tales cosas, y la existencia de esas imágenes llega a ser algo puramente íntimo en ellas. No existen en el espacio circundante, en el tiempo.

No poseen substancia, ni contenido oculto; son únicamente apariencia, superficie nada más. A tal ser, o cualidad de ser así, lo llamo yo: una esencia. He dedicado, últimamente, especial atención a considerar las esencias, en cuanto componen en sí mismas un reino eterno, infinito. Traslado a esa esfera toda imagen familiar pintada por los sentidos, o por la ciencia tradicional o por la religión. Tomadas como esencias, todas las ideas son compatibles y se complementan como distintos medios de expresión. Es posible percibir hasta cierto punto la carga simbólica de cada una de ellas y aprovechar, para fines espirituales, la experiencia que pueda entrañar.

Yo reconozco esta verdad espiritual en los sistemas neoplatónico e indio, aunque sin admitir su lado fabuloso. Después de todo es para mí un viejo axioma el que son muchas las ideas que, como la poesía, pueden converger y que se separarían en cuanto a dogmas. Esto se aplica, en otro sector diferente, a esa revolución que se anuncia ahora tan ruidosamente en el orden físico: unas veces como la bancarrota de la ciencia; otras como el fin del materialismo. A mi modo de ver, esta revolución es un simple cambio de símbolos. La materia puede denominarse gravedad, o carga eléctrica, o tensión en el éter...; los matemáticos pueden ajustar, de nuevo, sus ecuaciones a observaciones más exactas; cualquier descripción flamante de la naturaleza, que pueda producirse, será siempre un producto del ingenio humano, como los sistemas de Ptolomeo o de Newton no serán más que un símbolo intelectual del encuentro del hombre con la materia hasta el punto a que los hombres hayan llegado hasta donde la materia se ha hecho distintamente sensible a ellos. La materia real, dentro y fuera, continuará, entretanto, gozándose en sus antiguas normas o bien adoptará otras nuevas para crear incidentalmente esas nociones sucesivas en su cerebro.

Cuando todos los datos de la experiencia inmediata y todas las construcciones del pensamiento han sido así purificadas y reducidas a lo que son intrínsecamente; esto es, a esencias eternas, sucede que, por una especie de contrapeso, el sentido de la existencia, de la acción, de la realidad, emboscada por dondequiera alrededor nuestro, alcanza una potencia más clara y más imperiosa.

Esta seguridad en lo que no se posee está envuelta en acción, en expectación, en temor, en deseo o en esperanza. A esto es a lo que yo llamo fe animal. El objeto de esta fe es la substancia de la cosa, su energía latente hallada en la

acción, cualquiera que sea en sí misma esa cosa. Moviendo, devorando y transformándose esta cosa me afirma su existencia, y al propio tiempo que aumenta mi respeto hacia ella, se aclara proporcionalmente su poder especial. Pero para su descripción imaginativa poseo únicamente las esencias que mis sentidos, o el pensamiento, puedan evocar ante ella: tales son mis inevitables claves para abrir paso hacia este objeto. Así, todo el ajuar sensual e intelectual de la mente, se convierte en un depósito de donde yo puedo ir extrayendo fórmulas y puedo confabular esa pueril poesía íntima en la que hablo conmigo mismo de todo lo que se me antoja. Todo es, en definitiva, un cuento referido, si no por un idiota, cuando menos por un soñador, pero está bien lejos de no significar nada.

Las sensaciones son rápidos ensueños, las percepciones son ensueños mantenidos y desarrollados a voluntad, las ciencias son ensueños abstractos, dirigidos, medidos, y hechos escrupulosamente proporcionados a sus causas. El conocimiento, de acuerdo con esto, sigue siempre formando parte de la imaginación en sus fórmulas y en su substancia. Sin embargo, por efecto de su origen y de su propósito, se convierte en un recuerdo y en una guía para las contingencias del hombre en el sueño de la naturaleza.

No he dicho, en todo lo que precede, nada relativo a aquellos de mis sentimientos que se refieren a la estética, o a las bellas artes. Sin embargo, he dedicado dos tomos a toda esta materia y sospecho que a algunos lectores toda mi filosofía les parece poco más que retórica o prosa poética. Debo confesar, con franqueza, que he escrito algunos versos y que en otro tiempo tuve la idea de llegar a ser arquitecto o pintor acaso. Tanto el aspecto poético, como el aspecto decorativo del arte y de la Naturaleza, me han fascinado siempre, atrayendo mi atención por encima de todas las cosas. Pero en lo que se refiere a la filosofía no reconozco esa rama aparte que se llama Estética y que ha respondido al nombre de Filosofía del Arte. Ella, y la llamada Filosofía de la Historia, se me antojan mero verbalismo. En arte no hay sino destreza manual y tradición profesional, en cuanto al lado práctico; y en cuanto al lado contemplativo pura intuición de la esencia, acompañada del inevitable placer intelectual, voluptuoso, que toda pura intuición trae consigo. Excepto para los programas académicos, me considero incapaz de distinguir

entre los valores morales y estéticos; la belleza, en cuanto buena, es un bien moral, y la práctica y goce del arte cae, como todo ejercicio y todo goce, dentro de la esfera de lo moral; por lo menos, si entendemos por moral la economía y no la superstición moral. Por otra parte, el bien, cuando está verdaderamente realizado y no sólo perseguido desde lejos, constituye un goce inmediato: está poseído maravillosamente, y es, en este sentido, estético. Cuando este puro goce es ciego, se llama placer; cuando se plasma en alguna imagen sensible, se llama belleza; y cuando se difunde en el pensamiento de cosas interiormente propicias, entonces se llama felicidad, amor o consuelo religioso. Pero donde todo es tan claro como lo es en la intuición, resultan pedantes las clasificaciones. La armonía puede ser llamada un principio estético y es también el principio de la justicia, de la salud, de la felicidad. No sólo la disposición estética es, en su origen, inocente e irresponsable y preciosa a sus propios ojos. Pero todo impulso, o toda pasión, incluyendo la estética, resulta perverso en su efecto, cuando imposibilita la armonía en el tenor general de la vida, causando en el alma dispersión y ruina. No carece de locura el arte. Está lleno de inercia, de afectación y de aquello que puede parecer feo a un espíritu cultivado. Sin embargo, no es menester amenazarlo con la catapulta de la crítica; la indiferencia es suficiente. Una sociedad creará el arte de que es capaz y que se merece; pero ese arte será, aun a sus propios ojos, un arte sin importancia, ni belleza, a menos que comprometa profundamente los recursos del alma. Así como puede nacer de entusiasmo, puede el arte morir de trivialidad. Por otra parte, siempre habrá belleza, o un rapto análogo al sentido de la belleza, en todo elevado momento contemplativo.

Únicamente en los momentos contemplativos es la vida realmente vital; la rutina cede su sitio a la intuición y entonces aparece la experiencia, sintetizada ante el espíritu, en su propio ámbito y en su verdad. El propósito de mi filosofía ha sido ciertamente alcanzar, en lo posible, estas altas intuiciones y cantar la emoción que se apodera de la mente. Que este objeto sea estético, y meramente poético, me importa poco: por lo menos es una poesía, o un esteticismo que brilla por su desilusión y aspira únicamente a lograr la verdad tal y como es.

Jorge Santayana



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrioles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

¿La fuerza será justa con Panamá?

= Envío del autor =

Para no sufrir decepciones, para no hacer el ridículo, Panamá debe desarrollar siempre su política internacional en un ambiente absolutamente realista. Porque Panamá, a causa del poderoso huésped que lleva alojado en sus entrañas, más que cualquier otro pequeño estado de América o del mundo, debe actuar teniendo conciencia plena de lo que vale y pesa en la comunidad de las naciones y lo que dicha comunidad vale y pesa en la vida de cada Estado.

Esto no significa desde luego, que juzguemos a Panamá impotente para luchar y defenderse en un mundo en donde, por lo general, la fuerza priva sobre el derecho, en donde el imperialismo de una nación sólo es desplazable por el imperialismo de otra nación, en donde los pactos internacionales de paz y amistad parece se concertaran como para marcar treguas entre los Estados, Estados que viven transidos de miedo, de recelos y de odios.

La historia nos demuestra que los pequeños Estados—con todas las limitaciones inherentes a su estructura débil—han convivido con las grandes potencias por siglos de anarquía internacional. Es lógico suponer, pues, que en lo futuro seguirán conviviendo con ellas aunque dicha convivencia implique siempre lucha tenaz, agria, inflexible para reafirmar su derecho a la vida independiente.

Las gestiones personales y directas hechas por el Presidente Arias al Presidente Roosevelt con el objeto de buscarles remedio a las numerosas injusticias de que es víctima Panamá en sus relaciones con los Estados Unidos de Norte América, marcan tan sólo una etapa, notable por cierto, en nuestra lucha por la existencia.

Es Panamá que se le enfrenta, una vez más, a su poderoso vecino y le hace un recuento de sus viejas querellas por la interpretación arbitraria e injusta del pacto del canal.

Es Panamá que reclama por sus derechos de soberanía conculcados.

Es Panamá, en las garras de la crisis mundial, que pide una rectificación en la política comercial zoneíta.

Es Panamá, con el pesado fardo de ex-empleados de la Zona del Canal que intensifican la tragedia de nuestros "parados", que pide a los Estados Unidos de Norte América que asuman ellos también, la responsabilidad que les corresponde en esta emergencia.

Es Panamá, por la voz de su gobernante, que pide justicia, cooperación y respeto: pero una justicia estable, una cooperación segura y un respeto sincero.

El Presidente Arias ha considerado el momento oportuno para hacer estas nuevas gestiones porque ocupa la presidencia de la república nortea un hombre audaz y esforzado, un hombre que está dispuesto, en lo interno, a introducir

rectificaciones fundamentales en el desacreditado régimen capitalista y, en el externo, a propugnar una nueva política que él ha calificado de "buena vecindad".

Sin embargo, el Presidente Arias sabe y nosotros sabemos que la política exterior de los Estados Unidos de Norte América se fragua, se elabora y se desarrolla, en sus nimios detalles, en el Departamento de Estado y que allí la fuerza de tradición es incontestable.

Los vaivenes democráticos de esa Nación hacen que se turnen en ese Departamento los representantes de los históricos partidos demócrata y republicano, pero quedan las ideas, los principios y los planes de la política exterior que, por lo general, no tienen colorido partidarista.

Este Departamento, pues, a nuestros reclamos, quejas y solicitadas rectificaciones opondrá, a buen seguro, los mismos argumentos de siempre y repetirán, una por una, todas las conocidas interpretaciones del aludido pacto, que tienen su fundamento, a lo más, en la letra y no en el espíritu de él y que constituyen una amenaza constante en la vida económica, comercial, civil e internacional de la República.

Posiblemente, como antes, a nuestra insistencia de pactar un nuevo tratado aclaratorio y limitativo del de 1903, se mostrarán anuentes en acceder a nuestras demandas si, a nuestra vez, nos mostramos dispuestos a dar las compensaciones que nos soliciten. Actitud ésta que coloca a Panamá en la irónica situación de hacer nuevos sacrificios para recibir lo que en estricto derecho le corresponde.

Mucho me temo que, hoy como ayer, Panamá encontrará en el Departamento de Estado la frialdad del cálculo matemático y los recelos e intransigencias de un nacionalismo prepotente.

LA Agencia General de Publicidad de Eugenio Díaz Barneond, en San Salvador, puede darle una suscripción al *Repertorio*.

En los actuales instantes, pues, la esperanza de Panamá se cifra en que el Presidente Roosevelt, que no teme romper con tradiciones consagradas, asuma la responsabilidad de sugerir una nueva política hacia Panamá más comprensiva, más humana, más justa, más equitativa.

"Para que la justicia sea fuerte", decía Pascal, "es necesario que la fuerza sea justa".

¿En esta ocasión, la fuerza será justa con Panamá?

Nada se puede predecir sobre los resultados definitivos. La declaración conjunta de los Presidentes Roosevelt y Arias que hoy publica la prensa tiene que haber despertado en la ciudadanía gran optimismo. Dicha declaración revela indiscutiblemente que uno de los objetivos del Presidente Arias ha sido logrado. El Presidente Roosevelt está dispuesto a romper con la política tradicional...

Esperemos que los hechos surjan en breve para comprobarlo.

Pero como dije antes, la visita del Presidente Arias a la Casa Blanca señala tan sólo una etapa de nuestra lucha por la existencia.

Esta lucha requerirá de los panameños todos unión firme y no ilusoria, unión sagrada como la que pactaron los franceses ante el peligro de 1914.

Nuestro porvenir como entidad internacional, en último análisis, depende de nosotros mismos.

En el pueblo panameño hay pensamiento, hay emoción, hay pasión, hay rencor, hay odio, hay esperanza y fe, en resumen, hay vida profunda y consciente. Y el pueblo panameño está dispuesto a forjarse su propio destino y, sin jactancia, pero con orgulloso y noble empeño, se lo forjará.

La historia nos enseña que los pueblos pequeños, a veces, a despecho de los grandes, se forjan su vida y su porvenir.

Ricardo A. Morales

Panamá, R. de P. 1935.

BANCO NACIONAL DE SEGUROS DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por un año de una extra prima o de uno o dos colones por cada mil de seguro.

EDITOR:
J. García Monge

Correos: Letra X

Suscripción mensual: \$ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—José Martí.

Representante
en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, \$ 3.50
(El año, \$ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

LA LITERATURA DE HOY

Arturo Torres Rioseco

— Del Boletín del Instituto de las Españas. Nueva York, N. Y. —

En el mundo del hispanismo norteamericano se señala con creciente intensidad, desde que entró en él, la figura original, fuerte y simpática de Torres Rioseco, chileno transplantado a California, poeta y catedrático, crítico de la literatura de las dos Américas, hombre sereno y batallador. Un nuevo libro suyo, *Ausencia* (Santiago, 1932), publicado al volver después de muchos años a la tierra natal, me mueve a decir un poco de lo mucho que sugieren su obra y su personalidad.

Torres Rioseco, es joven, pasada la flor de la juventud, maduro ya. Su estancia en los Estados Unidos, precisamente en los años formativos, no le ha hecho perder su carácter nativo chileno; no ha hecho de él un "pitiyanki", feliz invención portorriqueña para designar con desprecio a un triste producto humano, o mejor diríamos infrahumano, frecuente allá. Al contrario, lejos de la tierra y el ambiente propios, lo nativo en él se ha depurado, acentuado y universalizado gracias a la influencia extranjera bien asimilada. De ahí su cultivo de la poesía española; su intervención en cuestiones chilenas por medio de artículos en la prensa hispanoamericana; su preocupación por los problemas hispanoamericanos de amplitud continental, de que es prueba su colaboración en el *Repertorio Americano*, admirable revista inspirada en el mismo espíritu; su hispanismo profundo que no es sumisión a la España local, extraña y pasajera, sino conciencia de la España originaria, propia y eterna que siente dentro de sí como de toda la América española; su consagración a la enseñanza de la lengua y la literatura castellanas; su actitud ante los problemas internacionales de la cultura hispanoamericana, que le lleva a luchar contra toda im-



Arturo Torres Rioseco

(Retrato de 1921)

posición externa y a buscar deliberadamente el contacto con otras culturas, apartándose del falso y exclusivo latinismo o mejor diríamos francesismo usual para interesarse preferentemente en la cultura inglesa, la otra cultura paralela americana.

Su obra crítica consta hasta ahora de un estudio sobre Walt Whitman, al que seguirá otro sobre Poe, y de dos libros sobre literatura hispanoamericana: *Precursores del modernismo* (1925) y *Rubén Darío* (1931). Estos dos libros atacan con amplitud y seguridad el estudio de una época de la literatura hispanoamericana, la del "modernismo", la más original e importante hasta ahora, y podrían mirarse como los dos primeros capítulos de una obra total sobre esa época, que Torres Rioseco está capacitado para entender mejor que otros porque se formó en ella, pero no pertenece a ella. Así es que la conoce con intimidad y a distancia.

La poesía de Torres Rioseco está contenida en un primer libro juvenil, *En el encantamiento* (San José de Costa Rica, 1921), y en el nuevo libro, *Ausencia*, que da motivo a este artículo. Ya en el primer libro es Torres claramente un post-modernista y en el último no llega a ser un ultra-modernista. No lo llega a ser, porque no quiere; porque su rumbo es otro que el de la nueva poesía que pasajeramente domina en América, como en todo el mundo, desde 1918, y que quizá se ha agotado ya después de un rápido y brillante florecimiento. Para

quien conozca las fases y matices de la poesía contemporánea tendrán sentido claro las denominaciones que he empleado y el lugar que la poesía de Torres Rioseco ocupa en esa evolución. Es moderna y conservadora a la vez; en ella el modernismo se hace conservador de sí mismo y de otras formas de poesía distintas y anteriores. Ese es el carácter propio del post-modernismo, momento en que Chile produjo sus mejores poetas de todos los tiempos: desde Magallanes-Moure—sobre quien hay una bellísima poesía en *Ausencia*—hasta Gabriela Mistral. A este grupo pertenece, como uno de sus poetas más jóvenes, Torres Rioseco.

Como el post-modernismo no es una escuela ni una tendencia, sino una desbandada o huída de la imponente perfección del modernismo en todas las direcciones, cada uno de los poetas de ese momento huye por donde puede, y no se parece necesariamente a los demás. La poesía de Torres Rioseco no tiene unidad de tendencia, sino más bien contradicción interna: unas veces va hacia la sencillez y otras hacia la complicación y el retorcimiento; unas hacia el clasicismo y otras hacia el romanticismo; unas hacia la exaltación vital y otras hacia un crudo e irónico pesimismo. En todo caso hay en ella siempre un timbre personal. Hay ideas y hay pasión, que es lo que le hace incompatible con la "poesía pura" y lo que en cambio le hace parecerse a Unamuno, a Martí y a otros hombres así, para quienes la poesía no ha sido un artificio ni siquiera un arte, sino el desahogo de las pasiones y preocupaciones personales, el alivio del afán íntimo de cada día.

Federico de Onís

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Luis Joubin: <i>Metamorfosis de los animales marinos</i>	\$ 6.00
Máximo Gorki: <i>Páginas de un descontento</i>	1.25
Hermann Hesse: <i>El lobo estepario</i>	4.00
Mariano Ibérico Rodríguez: <i>El nuevo Absoluto</i>	3.00
Gibrán Jalil Gibrán: <i>El Profeta</i>	3.50
Luis Jiménez de Asúa: <i>Al servicio de la nueva generación</i>	3.00
Liam O'Flaherty: <i>El delator</i> . Novela.....	3.00
S. Guy Inman: <i>América Revolucionaria</i> . Prólogo de Arturo Capdevila.....	4.50

Solicítelos al Admor. del *Rep. Am.*

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Emilio García Gómez: <i>Poemas arábigo-andaluces</i>	4.50
Roberto F. Giusti: <i>Enrique Federico Amiel en su «Diario íntimo»</i>	3.00
José Hergesheimer: <i>Tampico</i> . Novela.....	3.75
Arturo Baroja: <i>La Flauta de Onix</i> . Versos.....	2.00
Alarcón: <i>Verdades de Paño Pardo</i>	2.00
Fray Juan de los Angeles: <i>Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma</i>	2.25
G. Apollinaire: <i>El poeta asesinado</i> . Novela.....	3.00
San Agustín: <i>La ciudad de Dios</i> . Tomos I-IV.....	12.00
Prof. A. Austregesilo: <i>Ascensión espiritual</i> . Psicoterapia filosófica.....	3.50

Solicítelos al Admr. del *Rep. Am.*